

La Ilustración Artística



AÑO XIV

BARCELONA 5 DE AGOSTO DE 1895

NÚM. 710



¡PALMITAS!, grupo en barro cocido de Rafael Atché

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA, que contiene las renombradas comedias *Llueven bofetones*, *La escuela de las coquetas*, *Bruno el tejedor*, *El tío Taravira*, *La sociedad de los trece*, *Quiero ser cómico*, *El gastrónomo sin dinero*, *Una boda improvisada*, *Amor de madre*, *La familia improvisada*, *El testamento*, *El héroe por fuerza*, *Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista*.

Como muchos de los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra que publicamos el año pasado, les invitamos, para que tengan completa la colección, á que lo adquieran por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA **Biblioteca Universal**.

SUMARIO

Texto.— *El mejor médico, el tiempo*, por Alejandro Larrubiera. — *Semblanza. Francisco Javier Castaños*, por Eduardo Zamora y Caballero. — *Siempre en coche*, por Juan Buscón. — *Un hombre de conciencia*, por Luis María Palacio. — *Nuestros grabados.* — *La señora Florent* (continuación), novela original de Camilo Bruno, con ilustraciones de Marchetti. — *El teatro moderno*, por X.

Grabados.— *¡Palmitas!*, grupo en barro cocido de Rafael Atché. — *La rendición de Bailén*, cuadro de Casado, y *El general Castaños.* — *¡Aún dicen que el pescado es caro!*, *¡Local!*, *Cigarreras sevillanas*, *Amigos inseparables*, *La siega en Andalucía*, *El encuentro del rucio*, *El Tránsito de la Virgen*, *La buenaventura*, cuadros de la Exposición nacional de Bellas Artes de 1895. — *Venus y Marte*, cuadro de Joaquín Agrassot. — *De sobremesa y Esperando la barca*, cuadros de Francisco Miralles. — *El lavadero de Montecelio* (Roma), cuadro de Manuel Villegas Brieva. — Los dramaturgos *Enrique Ibsen*, *Strinberg*, *Gerardo Hauptmann* y *Bjornster-Bjornson*. — *Función de tarde*, cuadro de Félix Mestres.

EL MEJOR MÉDICO, EL TIEMPO

I

Al adquirir la certeza — la horrible certeza — de que el hombre á quien más había amado en el mundo era sólo una masa inerte, Carmen, de pie cerca del lecho, quedóse inmóvil con los ojos muy abiertos mirando con estúpido asombro aquella cara en la que la muerte había impreso su huella repulsiva.

No vertió lágrimas ni lanzó un suspiro: parecía no sentir nada: dijérase que la brutalidad del hecho le había aplastado el corazón como maza férrea: el espíritu habíase escapado del cuerpo, dejándole hueco, insensible.

A la habitación saturada de olor á fiebre y medicinas llegaban amortiguados los ruidos de la calle: gritos infantiles, pregonar de vendedores ambulantes, canturrear de las fregonas de la vecindad: en el piso superior los muchachos se entretenían en arrastrar un caballo de cartón, y el áspero chirriar de sus ruedas traspasaba el techo: al pie de los balcones se paró un piano de los de manubrio y sonaron atropelladas las notas de un vals: en el exterior todo era ruido, animación y vida; en la alcoba reinaba la gran quietud que precede á las catástrofes: la muerte y el dolor.

Carmen, como si de pronto despertara á la realidad, lanzó un grito indescriptible, de angustia y de desesperación tremendas; á los ojos asomaron, atropellándose, las lágrimas; se inclinó hacia el lecho, y su cabeza hermosa se juntó á aquella otra que se hundía pesadamente en la almohada; los labios palpitantes se pegaron con furia á aquellos inmóviles, lírios reseco; las manos palparon con ansia los hombros y el pecho del muerto.

— ¡Luis!.. ¡Luis mío!.. ¡Esposo de mi alma!.., gritó con voz enronquecida por el ahogo. Y tuvo que apoyar las manos junto al corazón... Parecía que se le rompía... ¡Luis mío!..

El acento aquél resonaba tristísimo en el dormitorio, rebotaba en las paredes y en ellas vibraba con rápida sonoridad.

Duplicaba sus caricias, palpaba más de prisa el cuerpo rígido: las lágrimas caían una á una sobre el rostro de Luis, y trazando un surco se despeñaban en la boca entreabierta, humedeciendo los labios que tantas lágrimas de felicidad habían atajado en las mejillas de Carmen.

A aquel arrebató de pena sucedió otro de desesperación: irguióse súbita, y con ademán violento y amenazador alzó los brazos como si protestara ante un invisible enemigo, mesóse los cabellos, y deshecho el peinado saltaron los hilos de su negra cabellera y como un manto cubrieron sus espaldas y parte del rostro, dejándole como encuadrado en un cerco de ébano ondulante y lustroso del que se desprendía embriagador perfume.

— ¡Dios mío, llévame con él!, gritó sollozando con las manos entrelazadas.

Y cayó de rodillas.

II

Febril, rendida por el cansancio, quedóse ya casi rayano al amanecer dormida; su sueño era agitado, su respiración anhelosa.

Despertó azorada y recordó la pesadilla, una pesadilla irónica. ¡Se casaba! Otro hombre que no era Luis la conducía ante el ara, y aquel hombre la miraba con hambriento mirar de enamorado. El recordar esto — ahora despierta — le producía escalofríos. En la pesadilla miró amorosamente á aquel hombre, y al pronunciar el «sí» de desposada lo dijo con mayor entereza — si cabe — que cuando se casó con Luis.

Esto era inconcebible por lo monstruoso. Aún calientes las cenizas de su amado, del primer guía y único dueño de su corazón, de aquel Luis de su alma que desparramó en torno suyo la felicidad, era infame tener un sueño tan grosero... y más aún el recordarlo.

Pero ella no era la responsable, ¡no! Lo eran la tremenda sacudida que habían experimentado sus nervios, el trastorno de su espíritu, el desequilibrio de su ser moral, el ángel malo, en fin, que aún más quería afigirla sumiéndola con tan pecaminosas quimeras en mayor desesperación y abatimiento.

De rodillas balbuceó la pobre mujer una plegaria... quería purificarse de aquel sueño monstruoso.

— ¡Nunca, Luis mío, he de olvidarte!.. ¡Nunca!.. ¡Muerto tú, esperaré resignada la hora en que la Virgen me lleve á tu lado!.. ¡Mi corazón ha muerto para siempre!.. Una herida incurable le ha asesinado para toda la vida... ¡Toda la vida!

Desde aquel momento Carmen hizo voto solemne de consagrarse por entero á la memoria de Luis. Extrangulaba todas las ilusiones, todas las palpitaciones de un corazón de veinte años que ayer comenzaba á saborear las dulzuras de una existencia llevada mimosamente por el amor y la fortuna.

¡Todo era nada! Faltaba él, el mago de la bienandanza que le había descubierto tesoros inmensos de pasión: al desaparecer el mago, los tesoros desaparecían también. Quedaba entregada á la más irremediable de las pobrezas: la del cariño.

Carmen se encerró en sus habitaciones, dió orden á la servidumbre de que no recibía, y á solas con su dolor, alejada de parientes y amigos, pasábase el tiempo abstraída en la contemplación de un magnífico retrato al óleo de Luis; mirábale lo mismo que en vida, amorosamente, y á veces tal era su alucinación que se dirigía hacia el lienzo con los brazos extendidos, creía ver animarse la figura, que los labios se movían como si balbucearan una frase.

El carácter antes alegre y bullicioso tornóse sombrío, casi tético. Su apasionado espíritu, aún ávido de amor, se entregó ardiente y fanático á las cosas divinas: lo humano le producía su extraña aversión... Concluyó por hacerse mística: de rodillas ante el Crucificado sumíase en éxtasis que arrancaba lágrimas á sus ojos: el llanto era un bálsamo que calmaba la herida de su pecho, por la que se escapaba día á día, momento á momento, la ilusión de una vida rebosante de felicidades... ¡Todo truncado, todo muerto, todo frío! ¡Ah, Dios, qué soledad más espantosa! ¡Qué realidad más brutal!..

Asustábase de verse tan sola y encontraba la casa muy grande, inmensamente grande y lúgubre: sus pasos, vacilantes, le resonaban á hueco como si el suelo protestara quejumbroso de la muerte del amo y señor. Su propia sombra la estremecía, el bullicio de la calle la ahogaba de pena, las risas desgarraban su oído. Buscaba la quietud, el reposo. Estaba siempre como adormecida: sus sueños eran pesadillas, encontrábase en todos los momentos bajo una sobrecitación nerviosa crónica.

El dolor no trazó jamás huella tan honda en rostro humano. Tenía la faz pálida, los ojos febriles, hundidos, el traje negro que la envolvía era como un sayal. El pelo, destrenzado, caído, sin alio. Parecía una imagen en cera de la Virgen de los Dolores.

Su sobrecitación nerviosa aquietábase algo en el templo. A primera hora acudía todas las mañanas á oír una misa en sufragio del alma de Luis. Entraba en la casa del Señor y aspiraba con fruición el olor á incienso y cera quemada. Arrodillábase sobre las frías losas en una capillita sumida en tinieblas... Al fondo de la misma destacábase con tonos pálidos una escultura del Crucificado... Una lámpara de metal alumbraba el rostro del Salvador, dándole un aire de imponente majestad.

A los pies del mártir permanecía la mujer arrodillada todo el tiempo que duraba el Santo Sacrificio. Casi prestaba atención al rezo que sonaba monótono por parte del oficiante, con voz infantil y breve por la del acólito. Tal era la abstracción de Carmen, que el rápido sonar de la campanilla en el momento de alzar el Santísimo le arrancaba un débil grito de susto.

Con inextinguible llama de misticismo vivía en el corazón de Carmen el amor á Dios.

III

Al ver la negra lápida del nicho sobre la que se destacaba en letras de oro el nombre de Luis, Carmen, sollozante, tuvo que apoyar sus manos en la pared de la galería, para no caerse.

Pasada aquella amargura, encontró algo de bienestar en verse en la ciudad de los muertos, tan solitaria, tan triste y callada.

Carmen rezaba, y el rezo suyo fué interrumpido por la presencia de un caballero que se quedó parado á corta distancia de la joven. Volvió ésta los ojos hacia el visitante, y vió que, descubriéndose, rezaba.

— A aquella primera visita al cementerio se sucedieron otras muchas. Carmen iba casi á diario á visitar á su Luis: le llevaba flores y oraciones, las únicas ofrendas que pueden hacerse á los muertos.

Carmen reparó muchas veces en aquel caballero enlutado, joven y no mal parecido, que como ella también tenía un ser amado á quien llevar flores y plegarias.

Nunca se cruzó entre ambos una palabra: una leve inclinación de cabeza bastaba para cumplir con las reglas de la cortesía.

Así las cosas, transcurrieron dos años.

IV

Nunca la naturaleza se mostró más llena de vida, ni nunca como en aquella tarde estival el sol besó tan ardorosamente el campo, ni las flores exhalaban más penetrantes aromas, ni en los átomos invisibles del aire pareció vibrar más lánguida y acariciadora la palabra «amor.»

Todo en derredor empujaba á aquel hombre y á aquella mujer á amar la existencia, á despertar en ellos la pasión dormida.

Miráronse ambos á los ojos, y en ellos flameó el deseo de amarse que resecaba sus cuerpos como el sol resecaba los campos que bordeaban el camino.

Se estrecharon las manos y suspiraron.

— Nena mía, ¡qué felices somos!

— Muchísimo, Alfredo mío, muchísimo.

Volvieron á suspirar y miráronse con apasionamiento.

Caminaron buen trecho silenciosos y como ensimismados en su cariño.

Los ojos de la mujer tenían lágrimas.

— ¿Qué te sucede, Carmen?, preguntó con inquietud el hombre.

— No, nada. ¡Perdóname!.. Pensaba en..., ya sabes...

— ¡En... «él»... ¿verdad?, tartamudeó Alfredo.

— Sí..., y tú ¿no recuerdas á «ella?»..., le preguntó Carmen con mimosa reconvencción.

— Oye, nena..., aquello me parece un sueño... La amaba mucho; mejor, creí amarla...; pero... ¡no tengas celos de una muerta!... A ti, á ti solo he amado en mi vida... Te vi tan triste, tan amante, tan fiel á la memoria de «él» que me sentí conmovido y anhelé vivir para verte... ¡Nada más que verte!.. Ninguna idea bastarda se despertó en mí... Llegué á olvidar mis propios dolores... Eras mi ángel de paz, la que sólo con su presencia embellecía mi camino árido y sombrío... La tarde que no te veía consagrada á tu culto de amar á un muerto, no sabía rezar; estúpidamente miraba la lápida de «él» como si escuchara oír una voz que me dijese: «¡Espera!» Sin la feliz casualidad de aquella tarde en que la lluvia nos hizo refugiarnos á los dos en un mismo sitio, no nos habríamos hablado nunca, porque tenía por profanación hablarte, interrumpir tu oración... Te hablé y tu acento resonó aquí dentro de mi alma como jamás resonó ninguna voz humana... ¡Nena mía!.. ¡Amémonos: esa es la vida!..

— Es un egoísmo, suspiró Carmen; pero... ¡amémonos!..

Y bañados los ojos en lágrimas miró al cielo, al cielo que por su transparencia parecía de cristal azul.

Como una plegaria, balbuceó:

— ¡Luis, perdóname! ¡Me falta fortaleza!.. ¡Soy una mala mujer..., aquel sueño era una profecía... Me ha faltado valor para resistir, para luchar contra el enemigo... ¡Y he caído en sus brazos!

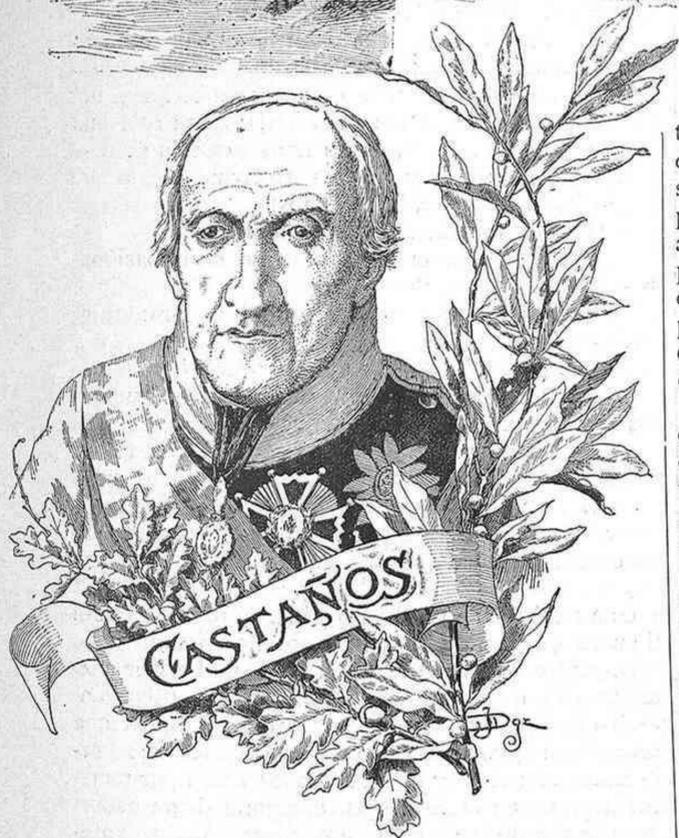
Y volviéndose hacia Alfredo le dijo mirándole con pasión infinita:

— Oye, es un crimen amarnos... Debimos consagrar nuestras vidas á la memoria de los nuestros; pero ya que somos cobardes para vencer al corazón, amémonos mucho, ¡muchísimo!.. ¡Si ellos no nos perdonan, nos perdonará Dios!..

ALEJANDRO LARRUBIERA



LA RENDICIÓN DE BAILÉN, cuadro de Casado (dibujo á la pluma de P. Eriz)



SEMBLANZA

D. Francisco Javier Castaños, á quien no se ha olvidado todavía una castaña, como si en nuestros parques, de donde continuamente salen bronces con que fundir las de tantas celebridades discutibles, solamente no los hubiera para perpetuar la memoria del vencedor de Bailén, nació en Madrid el 22 de abril de 1758.

Vástago de familia noble, pero dotada de escasos bienes de fortuna, porque es sabido que vivió y murió pobre en una modesta casa de la calle del Barco, sólo tenía diez años cuando fué nombrado por el rey Carlos III capitán de infantería, sin sueldo ni antigüedad, expresándose en el nombramiento que no entraría á disfrutar estas ventajas hasta que, cumplida la edad que se consideraba como *minimum* para prestar servicio, acreditase por medio de examen la capacidad necesaria.

A los diez y seis años entró definitivamente en las filas Castaños, haciendo efectivo su empleo de capitán y siendo destinado al regimiento de Saboya, en el cual mandó una compañía de granaderos, cargo á que le daba derecho su aventajada estatura y marcial continente.

Distinguióse desde luego el mozo por sus brillan-

tes cualidades. Dotado de un valor á toda prueba, como no tardó en demostrarlo, tenía un talento clarísimo y llegó á adquirir con el tiempo instrucción poco común. Poseía, sobre todo, una serenidad inalterable y un carácter firme, que le hacían muy apto para el mando. Hombre de ingenio vivo, de educación esmerada, de trato afable y cortés, en los empleos superiores á que no tardó en ascender conquistó desde luego las simpatías de cuantos le rodeaban.

Desenfadado en sus modales y gracioso en el decir, tenía siempre á mano un chiste ó un cuento oportuno, para rechazar la proposición que no le convenía, salir de una situación difícil ó formular una queja, que expresada en otra forma hubiese parecido irrespetuosa.

Ya bastante entrado en años, ofrecióle el rey el mando de la isla de Cuba, sin duda con el propósito de que hiciese allí una fortuna, de que carecía.

— Señor, estoy muy duro para pasado por agua, le contestó el general, que como no tenía familia, pues murió soltero, no experimentaba la necesidad de hacer ahorros, ni sentía deseos de visitar las Antillas.

Es muy conocida la anécdota de haberse presentado en Palacio para felicitar á Fernando VII un día de Reyes vestido de pantalón blanco.

— ¿Cómo llevas aún uniforme de verano en el mes de enero?, le preguntó entre risueño y amostazado el monarca, que era poco aficionado á las infracciones de la etiqueta.

— Por que yo vivo en agosto. Hace pocos días he cobrado la paga de julio.

Ante esta salida no había más remedio que soltar la carcajada, y acaso mandar que pusieran al general al corriente de sus haberes.

Ignoro si el rey haría lo segundo, porque el estado del Tesoro fué siempre angustioso durante el reinado de Fernando; pero tengo la seguridad de que no dejó de hacer lo primero.

Apenas incorporado al ejército, tomó parte en el sitio de Gibraltar; se distinguió por su bravura en la reconquista de la isla de Menorca; asistió á la toma de Mahón, quedando de guarnición en la plaza, á lo cual debía la honra de figurar entre sus heroicos defensores, cuando los ingleses trataron de recuperarla; peleó con denuedo en la defensa de Ceuta, y destinado á las fuerzas expedicionarias del Rosellón, se encontró en casi todas las batallas que allí se dieron contra las tropas de la República Francesa. Contribuyó á la victoria de San Marcial, y en aquel combate recibió una gravísima herida en la cabeza, que durante siete años le ocasionó frecuentes síncope,

el último de los cuales, según refiere el general Córdoba en sus *Memorias íntimas*, le acometió en casa de la duquesa de Benavente, dando lugar á que los médicos de esta ilustre dama le extrajeran algunas esquirlas, con cual operación quedó completamente curado.

En 1802 era ya Teniente general; obtuvo el mando del campo de Gibraltar, que entonces se consideraba muy importante, y en él continuó hasta que la guerra de la Independencia vino á sacarle de su puesto, para darle un lugar preeminente entre los generales europeos, puesto que fué el primero que alcanzó la gloria de vencer en campal batalla á los soldados de Napoleón el Grande.

Verificada en 1808 la invasión francesa, la Junta de Sevilla pensó en oponerse á la ocupación de Andalucía por los invasores, levantando un ejército á que debían servir de base las tropas regulares que existían en el antiguo reino.

El mando de este ejército fué ofrecido á Castaños, el cual desde luego aceptó el ofrecimiento, sin escuchar más que la voz de su patriotismo, y sin tener en cuenta la inmensa responsabilidad que echaba sobre sus hombros, tanto más grave cuanto que lo mismo él que el general Solano, que mandaba en Cádiz, eran tenidos por afrancesados.

Aceptó sin embargo, como he dicho, el mando que se le ofrecía, y consagró toda su actividad y todo su talento á la tarea de organizar, mejor dicho, de improvisar un ejército.

Utrera fué el punto elegido para concentrar las tropas. Allí afluían, lo mismo los veteranos que los reclutas, entre los cuales casi todos eran voluntarios; allí se iban formando los batallones y escuadrones, que dedicaban á la instrucción militar nada menos que ocho horas diarias; allí recibían infantes y jinetes el armamento y vestuario, suministrado el primero por el parque de Sevilla, donde lo había en abundancia, y tan escaso el segundo, que no bastaba ni aun para los regimientos de línea, por lo cual hubo que apelar al recurso de dividir en dos cada equipo completo, entregando á un cuerpo las casacas y sombreros y á otro las gorras, pantalones y chaquetas. La falta de cartucheras y cananas fué suplida por unos saquillos de lienzo, que las damas de Utrera y de los pueblos inmediatos confeccionaron con arreglo á los modelos que se le dieron al efecto.

La actividad y el acierto que desplegaron Castaños y sus auxiliares en la organización é instrucción de las tropas fué tal, que el 26 de junio, esto es, trece días después de la concentración en Utrera, creyó el general en jefe que el ejército estaba en disposición de emprender las operaciones que tanta gloria habían

de proporcionar al insigne caudillo y á la nación española.

Entretanto Dupont, que mandaba en jefe á los franceses, después del inicuo saqueo de Córdoba, al saber que Castaños emprendía la marcha y noticioso de que la Junta de Granada había levantado también otro ejército, no tan fuerte como el de Sevilla, pero capaz de cortar la retirada á la Mancha é impedir sus comunicaciones con Madrid, ya amenazadas por las guerrillas formadas en Jaén, que operaban en Despeñaperros, salió de la capital andaluza y emprendió un movimiento de retirada, yendo á situarse en Andújar, donde se creía más seguro y se consideraba en mejor posición para rechazar á los españoles.

No es mi ánimo describir la batalla de Bailén; lo que me propongo principalmente es demostrar el mérito de Castaños, que algunos han querido poner en duda, suponiendo que lo acontecido fué obra del azar; que Dupont se metió torpemente en una ratonera, y por último que la victoria debe atribuirse á los generales Reding y Coupigny por ser los que asistieron al combate decisivo.

Nada de esto es exacto. La batalla, que quizás con más propiedad pudiera llamarse la campaña de Bailén, fué una serie de operaciones estratégicas, que dieron lugar á diferentes combates y cuyo resultado definitivo estaba previsto por el insigne general en jefe.

Los hombres entendidos en la materia suponen que Dupont al retirarse de Córdoba cometió un error, estableciéndose en Andújar y no en Bailén ó en La Carolina, que eran puntos más estratégicos para guardar los desfiladeros de Sierra Morena; pero Castaños dió una gran prueba de perspicacia aprovechándose de esta falta para disponer sus operaciones ulteriores.

Para demostrar que todo estaba previsto y nada de lo que aconteció fué obra de la casualidad, nos bastará copiar el párrafo primero de un documento autógrafa que regaló al Depósito de la Guerra el duque de Ahumada, hijo de D. Pedro Agustín Girón, ayudante general de infantería en el ejército de Castaños. Este documento es el plan de operaciones y movimiento que debía hacer el ejército y dice así: «Establecido el enemigo en Andújar y fortificado en su posición, debe ser nuestro primer objeto el hacerle salir de ella para combatir ó inutilizar sus defensas, que son todas por su frente. Para esto es indispensable que el ejército, haciendo un movimiento sobre su flanco, vaya á situarse entre Andújar y Bailén, y que atacando, al tiempo de tomar esta disposición, el destacamento enemigo establecido en Bailén, impida su reunión con el cuerpo de Andújar, y dejando al grueso del ejército sin retirada, lo ponga en el caso de rendirse ó batirse con desventaja tan conocida cual puede deducirse de nuestro mayor número de tropas.»

No es irreprochable ciertamente la sintaxis de este párrafo, escrito además con muy mala ortografía, pero no se puede negar que en él se encuentra toda la batalla de Bailén. Las operaciones que verificó el ejército son las que aquí se ordenan; y el resultado, la rendición de los franceses, el que también estaba previsto.

El total de las fuerzas españolas ascendía á unos 28.000 hombres; el ejército que mandaba Dupont y aún conservaba el nombre de «Ejército de observación de la Girona» ascendía en total á 22.475 combatientes, de los cuales unos 10.000 se hallaban á las inmediatas órdenes del general en jefe, 9.500 próximamente formaban las divisiones de Vedel y Dufour, y el resto hasta completar el número antes citado se hallaba distribuido en destacamentos situados en Santa Cruz de Mudela, Manzanares y otros puntos de la carretera de Madrid.

Todos fueron comprendidos en la capitulación, aunque no todos en iguales condiciones.

Las tropas que mandaba Dupont en persona, debían rendir las armas y quedar prisioneros de guerra.

El resto del ejército sería también desarmado y conducido á diferentes puntos del litoral, donde se embarcaría en buques tripulados por marinos españoles, que lo llevarían al puerto de Rochefort, en Francia, donde le sería devuelto su armamento.

Compréndese la equidad de estas diferencias, sólo con fijarse en que los soldados verdaderamente vencidos en el campo de batalla eran los de Dupont. Los otros cuerpos no habían tomado parte en el combate, como acontecía á los que mandaban Vedel y Dufour, y algunos, como los que cubrían los destacamentos de que he hablado antes, sólo tuvieron noticia de él cuando recibieron la orden de presentarse

para entregar las armas y emprender la marcha hacia los puntos de embarque.

La habilidad y la energía que demostró Castaños para negociar esta capitulación tan ventajosa, corrieron parejas con las que había demostrado al combinar las operaciones que tuvieron después tan glorioso término.

Las tropas que por una y otra parte asistieron á la batalla propiamente dicha, ó para hablar con más propiedad, al último acto del drama que tuvo su desenlace el 19 de julio de 1808, fueron los diez mil franceses que comandaba Dupont y los 13.000 españoles que sumaban las dos divisiones de Reding y Coupigny.

Las pérdidas de los franceses, según el parte oficial, ascendieron á 2.200 muertos y 400 heridos: las de los españoles fueron 243 muertos, entre ellos diez oficiales, y 735 heridos, incluidos 24 oficiales.

Momento solemne y conmovedor sobre toda ponderación debió de ser aquel en que el día 22 de julio los batallones, escuadrones y baterías de Dupont, en número de 8.242 hombres, desfilaron en columna de honor por delante del ejército español, formado en batalla, y fueron entregando sucesivamente fusiles, espadas, banderas y cañones á sus afortunados vencedores. Compréndese que uno de los que pasaron por tan terrible trance escribiera recordándole al cabo de mucho tiempo: «Después de tantos años, me es imposible trazar estas líneas sin sentir oprimido el corazón. Todos parecíamos profundamente afligidos y en la mayor angustia, no pudiendo comprender cómo podíamos haber sido conducidos á sufrir tan grande humillación.»

El general Dupont, que estaba herido, se rindió personalmente á Castaños, diciéndole:

— Os entrego esta espada con la que he vencido en cien batallas.

— Pues yo, general, le contestó Castaños descubriéndose cortésmente, esta es la primera que gano.

Para el caudillo francés, á quien se llamaba por sus hazañas *el rayo del Norte*, sería indudablemente aquel un momento tan amargo, que apenas se comprende cómo pudo sobrevivir á su desgracia. Tuvo, sin embargo, la nobleza de hacer justicia á nuestro ejército, diciendo pocos días después á varios oficiales: «Los españoles se han cubierto de gloria batiéndose como los mejores soldados de Europa, pues hasta hoy ninguna infantería ha resistido á tantos y tan repetidos ataques de nuestras tropas.» El mismo Thiers, tan injusto con nosotros, confiesa que Castaños demostró prudencia, perspicacia y energía; dice que las líneas españolas *aterraban por su inmovilidad*, que la infantería parecía *un muro impenetrable de bronce* y que la artillería hacía *descargas horribles de metralla y bala rasa que desmontaban é inutilizaban al momento la del enemigo*.

«El laurel de la victoria de Bailén, escribe persona tan competente como el general Gómez Arceche, corresponde en primer lugar al que después se le discernió con el título que recuerda aquella gloriosa campaña.»

»El plan adoptado por el general en jefe dió todos los fecilísimos resultados que de él se esperaban. Con otro distinto se hubiera podido batir á los franceses: nunca obtener la rendición tan completa de todo su ejército. El éxito, pues, corresponde al plan, y éste al general en jefe exclusivamente.»

El vencedor de Bailén, que dirigió otras muchas batallas, en las cuales no siempre le favoreció la fortuna, terminada la guerra se retiró á Madrid, donde vivió muchos años, alejado de la política, que le inspiraba natural aversión.

Duque, grande de España, capitán general de los ejércitos nacionales, caballero del Toisón de Oro, condecorado con todas las grandes cruces españolas y extranjeras, vivió, como he dicho al principio de este artículo, pobre y hasta cierto punto retraído, en un caserón modesto y viejo, donde ni siquiera se puso una lápida que recordara la existencia de tan glorioso inquilino. Hoy es probable que la casa ya no exista por haber sido reedificada.

Sólo salió de su retraimiento para presidir las Cortes que proclamaron princesa de Asturias á doña Isabel II, y para desempeñar la comandancia general de alabarderos, que un ministerio moderado le otorgó en el reinado de esta augusta señora.

La última ceremonia oficial en que tomó parte fué el acto solemne de poner la corbata de la orden militar de San Fernando en la bandera del regimiento de Ingenieros.

La reina Isabel era quien debía ponerla, y cuando la guarnición de Madrid estaba formada en el Campo de Guardias, hoy completamente urbanizado, apareció el ilustre anciano en carretela descubierta, vis-

tiendo el uniforme de coronel del regimiento de infantería que había mandado.

Pocos meses después, en septiembre de 1852, pasó á mejor vida, á la avanzada edad de noventa y cuatro años.

Descanse en paz.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

SIEMPRE EN COCHE

Allá por el año de 1880 conocí á un chico que por no saber á qué profesión dedicarse se había echado á periodista, lo cual le permitía redactar sueltos vulgares, entrar de momio en los teatros y cobrar su sueldecito de quince duros, á los cuales unía otros diez conquistados á fuerza de puños, es decir, sacando copias notariales.

Con sus ciento veinticinco pesetas mensuales, Rogelio Villárez iba tirando, conforme él decía. No le lucía mucho el pelo, claro que no; pero como al fin y al cabo no tenía más obligación que la de atender á su propia y exclusiva persona, no era del todo desgraciado.

Si pasaba de vez en cuando algunos ratos de verdadero mal humor al pensar en las escasas ó nulas probabilidades que tenía de abrirse paso en el mundo y que le condenaban á vegetar en su poco dorada medianía, su temperamento filosófico y naturalmente inclinado á la resignación recobraba luego sus fueros y Rogelio se decía: «No te apures, chico, que otros hay mucho más desgraciados que tú, y del porvenir nadie puede adivinar sus caprichos y decisiones.»

Con lo cual volvía á quedarse muy tranquilo, esperando con el cigarrillo en los labios y el sombrero echado sobre la oreja que viniesen mejores tiempos, si estaba de Dios que habían de venir.

— No vayas á creer, solía decirme en sus momentos de expansión, cuando estaba en deseo de confidencias, no vayas á creer que soy ambicioso, no; un fortúnón enorme me espantaría; ¿para qué una barbaridad de millones, como tienen ciertas gentes? Muchísimo dinero concluye por estorbar... No; lo que yo quisiera sería sencillamente una buena renta para realizar mis tres ensueños.

— ¿Tres? Veamos cuáles son.

— *Primo*: Tener mujer..., mujer propia y legítima, por supuesto... ante Dios y ante los hombres; mujer distinguida, guapa, elegante, que me mimara y á quien yo mimaría. *Secundo*: Tener mesa opípara..., reemplazar la inmunda bazofia de la casa de huéspedes por manjares buenos, delicados, humedecidos con vinos selectos. *Tertio*: Tener coche... ¡Oh! Poder arrastrarme siempre en coche..., en invierno cuando hace frío, en verano cuando hace calor y en primavera y en otoño... No puedes figurarte, Juan, lo que me enamoran estas dos palabras: ¡tener coche!

Una noche tuve necesidad de ver á Rogelio y subí al cuarto piso en que habitaba entonces.

Encontréle sentado ante un plato de bacalao con patatas que comía melancólicamente, departiendo al propio tiempo con Tomasito Garcín, un tipejo que después de haber ensayado diez ó doce *modus vivendi*, todos con el peor éxito, habíase metido por aquellos tiempos en el Bolsín en categoría de corredor, clase cuarta de la sección de intrusos. Tomasito aseguraba en el momento de entrar yo, que las circunstancias no podían ser más «psicológicas» para hacerse uno con un capitalazo en seis meses y con cuatro cuartos.

— Estos cuatro cuartos son precisamente los que me faltan, añadió con un suspiro.

— Y á mí, replicó Rogelio con la boca atiborrada de bacalao.

— Y á propósito de cuartos, usted me debe uno, dijo la patrona, reemplazando el susodicho producto alimenticio por media docena de nueces que constituían el postre de la espartana cena.

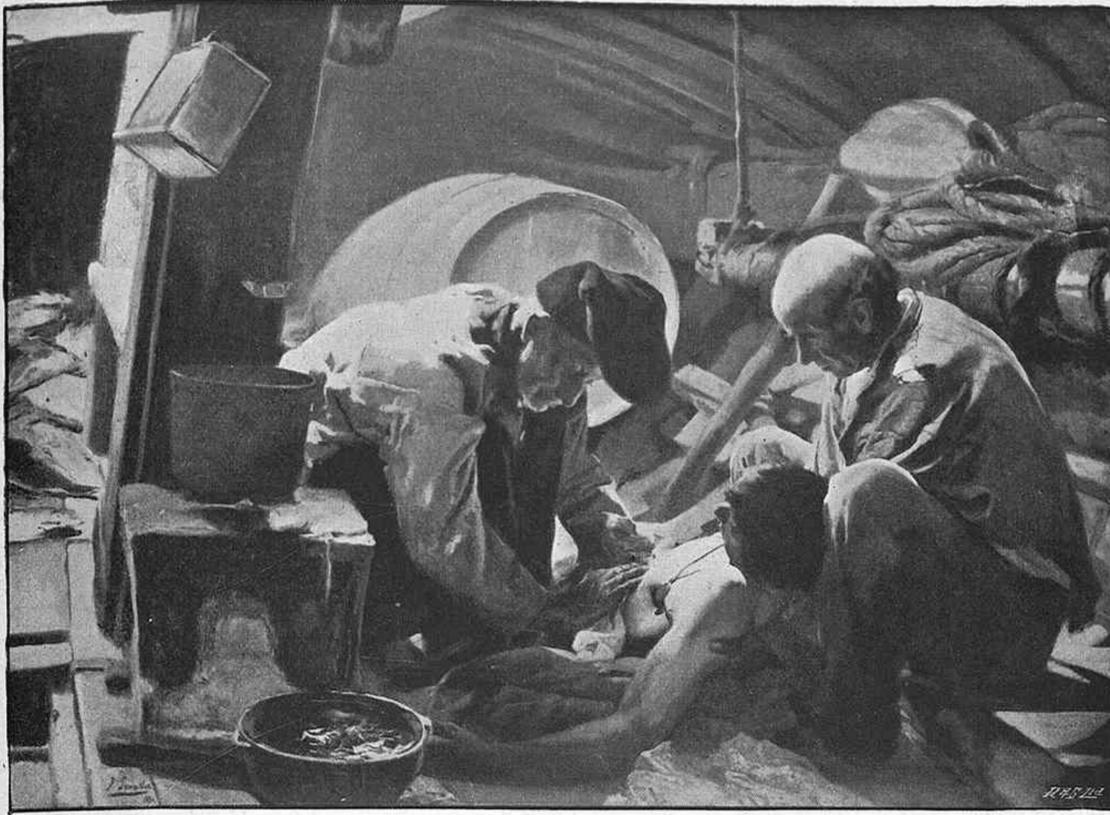
— ¿Yo?

— Sí, señor, usted: ahora recuerdo que desde esta mañana tengo en el bolsillo una carta que *trujo* el cartero para usted.

— ¡Pero, señora Paca, por amor de Dios! Mire usted que esto es atroz..., si no llevo á hablar de cuartos se le queda á usted la carta en el bolsillo hasta el año que viene...

— ¡Qué quiere usted! Soy tan distraída..., y tengo tantas cosas en qué pensar...

Cogió Villárez con gesto avinagrado la carta que le alargaba la señora Paca y que había tomado ya buena dosis de pringue al contacto de las manos y bolsillos de la respetable matrona. Rasgó el sobre, se puso á leer, y vi de pronto que el semblante de Ro-



¡AÚN DICEN QUE EL PESCADO ES CARO!, cuadro de Joaquín Sorolla (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

gelio se ponía sucesivamente blanco, amarillo, verde, rojo y azul.

- ¿Qué ocurre?, pregunté solícito. ¿Malas noticias?
- No..., al contrario..., muy buenas..., es decir..., según y cómo... Mi padrino ha muerto.

- ¡Pobre señor!, exclamé con profunda indiferencia.

- Y me ha legado tres mil duros.

- ¡Cáspita! Tu padrino era un dignísimo varón.

- Sí; y nadie lo hubiera dicho... El notario me escribe para decirme que puedo ir á Valencia á cobrar ese dinero.

- ¿Y qué harás de ese dinero, preguntó severamente Tomasito, una vez calmadas las primeras y violentas emociones producidas por la elocuente prosa del notario.

- Pues no sé..., veré..., hay que pensarlo mucho.

Este interesantísimo punto fué discutido con gran calor. Había distintos pareceres, y Rogelio, fluctuante, indeciso, turbado, empezaba ya á tocar los inconvenientes de ser capitalista.

- No seas majaderos, opinó Tomasito con acento de autoridad, la duda no puede presentarse más que á espíritus tímidos é inferiores. Sí, señores, lo digo y lo repito... ¡y voy á probarlo!

Supongamos que coloques ventajosamente ese capitalito y que te dé un seis por ciento: ¿qué sales ganando al fin del año? Ciento ochenta duros de renta..., quince duros mensuales. ¡Valiente ganga!

- Siempre aumentaría notablemente mi escaso haber, murmuró Rogelio.

- ¡Calla, cobardón; calla, infeliz! Contentarse con esa miseria, cuando yo te garantizo para dentro de un año, si sigues mis inspiraciones, un capital de cien mil duros, una renta de seis mil... ¡por lo menos!

- Villárez tuvo un estremecimiento.

- ¡Cien mil duros!, suspiró tiernamente.

- ¡Como minimum!, rugió Tomasito: cien mil si eres modesto y pacato; el doble, el triple, el cuádruple si tienes alma, si eres un hombre..., un hombre como Vicente Luz, el pobre dependiente de ayer que está tocando hoy casi al millón. ¿Y cómo lo ha conseguido? Con un punto de partida de seis mil pesetas: ¿y por qué?, porque estamos en el gran momento psicológico del dinero: porque no hay más que una puerta grande, anchurosa hoy día para entrar en el templo de la riqueza: y esa puerta es la de la Bolsa.

Tomasito, grandilocuente é inspirado, siguió desarrollando su plan: quise yo ejercer de ángel prudente, pero quedé vencido y empequeñecido. Una hora después de haber leído la carta, Rogelio veía sólo en sus tres mil duros el cimiento de una próxima é inmensa fortuna.

Y un año después la tenía en efecto. Irresoluto durante las primeras semanas de lucha en aquel terrible *Pandemonium* de la Bolsa, convirtiéndose á poco en uno de los más audaces y afortunados aventureros que pugnaban por la conquista del nuevo vellocino de oro.

Atrevido é insolente, se puso desde las primeras victorias en las primeras filas de la especulación desenfrenada: tuvo ojo certero, peleó sin miedo y sin vacilaciones, capitaneó pandi-



¡LOCA!, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición nacional de 1895)

llas y corros de jugadores que fiaban ciegamente en la estrella de aquel improvisado caudillo, héroe del cuatro por ciento y de todos cuantos valores españoles ó simplemente locales entraban en la vertiginosa danza del alza y baja.

Villárez realizó entonces y con creces sus ensueños. No escogió esposa, es verdad, pues ni tenía tiempo para ello, ni experimentaba la necesidad de unas ataduras en que más tarde podría pensar y discurrir con toda calma. Pero por no casarse Rogelio, no perdió nada el diablo.

Mesa cual la de un príncipe, ¡vaya si la tuvo! Pero prefería generalmente comer en los *restaurants* de primera marca, en los cuales dueños y mozos recibían con un derroche de sonrisas y de reverencias que les daban el derecho de presentar cuentas enormes, que Villárez pagaba sin chistar, sin mirarla siquiera, como un gran señor.

Del coche no hay que hablar: carretela, victoria, landó, *charrette*; un tronco inglés, un *pur sang* y otro *demi-sang*; un cochero de majestuosa facha con soberbia librea y un *groom* diminuto, una especie de mono con sombrero de copa y escarapela...

¿Cómo no había de tener eso y mucho más, si le daba la gana, un caballero que á los ojos de los principales corredores representaba un valor en liquidación de setecientos á ochocientos mil duros?

Más de una vez encontré en el paseo á Rogelio indolentemente reclinado en los almohadones de su carruaje, un habano en los labios y vestido cual un prócer. A pesar de su riqueza, seguía saludándome con un gesto protector de su mano enguantada, y el movimiento de su cabeza parecía decirme:

- Ya lo ves: siempre en coche...

Un día desapareció bruscamente de Barcelona tras una épica temporada de batallas feroces libradas en los antros bursátiles. Hablóse mucho en aquellos días de pánicos y de efervescencias, de los muertos y heridos que habían caído acá y acullá, entre destrozos y ruinas sin cuento. Citáronse los nombres de varios Cresos que se quedaban sin camisa en el intervalo que va de una liquidación á otra; de la noche á la mañana, y entre esos nombres oí pronunciar el de mi antiguo amigo.

Y recuerdo que una tarde que la curiosidad me llevó á contemplar de cerca una de aquellas batallas que se daban en la Lonja, me rocé al salir con un hombre de rostro demudado, lívido, que con inmenso abatimiento se deslizaba á lo largo de aquellos muros, testigos tantas veces de sus triunfos... Era Rogelio..., era Napoleón volviendo de Waterloo.

Quince días atrás hablábase en una peña del Ateneo de pasados esplendores, de Bolsas y de bolsistas.

- Y de Villárez, ¿qué se sabe?, preguntó uno de los *peñistas*.

- Le vi en Madrid hace cosa de un mes, replicó otro.

- ¡Ah! ¿Y qué es de él?, interrogué con viva curiosidad.

- Pues verás..., siempre en coche.

- ¡Hola! ¿Se ha enriquecido de nuevo?

- No creo: está de cobrador en un tranvía.

JUAN BUSCÓN



CIGARRERAS SEVILLANAS, cuadro de Enrique Paternina (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

UN HOMBRE DE CONCIENCIA

Juan Fresneda....

Dada la penetración que yo supongo al lector, creo que éste habrá comprendido que se trata del acaudalado comerciante D. Juan Fresneda, que tiene un soberbio establecimiento de objetos varios y lujosos en la calle Mayor, así como también otras dos tiendas en puntos céntricos de Madrid.

Pero ahora no vamos á ocuparnos del D. Juan Fresneda actual, que algunas veces se asoma á la puerta de su establecimiento con aspecto satisfecho, camisa de deslumbrante blancura, gorro griego de terciopelo morado y zapatillas de tapicería, fumando un cigarro de la Vuelta de Abajo, sino del Fresneda

caron al pájaro al pie de los troncos y entre la grama que matizaba el suelo; pero inútilmente: no hallaron nada. Aquello era inaudito: ¡pensar que Juan, que mataba á las golondrinas al vuelo, con bala, había errado á un pájaro, tirando con perdigones; no tenía explicación posible! Aunque el guarda quiso achacarlo á que un vientecillo que soplabá á intervalos había desviado el tiro. Continuó, pues, andando algo contrariado, y al fijar la vista en otro grupo de árboles que había á alguna distancia, notó un punto negro que se movía entre el ramaje de un olmo.

- ¿Será el pardillo?, se preguntó.

Dió algunos pasos, se cercioró de que los dos cañones de su escopeta estaban bien cargados é hizo la puntería:

aquél le constaba lo golosa que era de pardillos su compañera, determinó bajar al barranco, que no era muy hondo, para buscar la presa á toda costa. Hízolo así, acompañado del perro: al principio nada hallaron, lo cual no extrañó al guarda, porque el fondo del barranco estaba lleno de hierbas, ortigas, espigas silvestres y otras plantas parásitas. El perro husmeaba desatentado, y Juan registraba minuciosamente el terreno, resuelto á encontrar el pájaro, aunque se estuviera allí registrando hasta la consumación de los siglos. Aquel día había hecho poca caza, y además pensaba en cómo se relamería de gusto con el pardillo su querida compañera. Las pesquisas fueron inútiles durante bastante tiempo y Juan estaba excitado y nervioso, pues no se hallaba acostumbrado á seme-



AMIGOS INSEPARABLES, cuadro de Jaime Garnelo y Fillol. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

de hace veinte años, cuando era guarda de campo del coto redondo de la condesa S..., situado á cuatro kilómetros del puente colgante, que sobre el Jarama se encuentra en el trayecto de Madrid á Arganda.

Juan Fresneda entonces vivía con su mujer, joven y guapa, en una casita situada dentro del coto, y como tenía poco que hacer, como acontece á todos los guardas, se pasaba casi todo el día cazando. Porque no le venía mal llevarse todos los días á su casa una ó dos docenas de pájaros para cenárselos en compañía de su querida Marta, que era muy aficionada á ellos.

Sucedió, pues, que una tarde después de comer salió Juan, según costumbre, á su expedición cinegética, fuera del coto, porque tenía licencia de escopeta, con la suya al hombro y acompañado de su perro pachón, de dos narices, llamado Rabón, porque efectivamente tenía una cola muy larga, y se dirigió á un territorio llano, que ofrece la particularidad de tener grupos de cinco ó seis árboles de distancia á distancia. Cuando iba á llegar al primer grupo, notó Juan que un pajarillo se balanceaba graciosamente sobre la rama de un árbol.

- ¡Calla, pues es un pardillo!, exclamó Juan con alegría.

Hay que advertir que los pardillos son apetitosos en todas partes, pero en ninguna tanto como en los campos del Jarama, siendo además notables por su corpulencia; mas desgraciadamente no abundan tanto como otras especies ornitológicas. Marta era muy aficionada á ellos.

Juan preparó la escopeta, y ¡pum!

Acudieron Juan y el perro bajo los árboles, y bus-

¡Pum! ¡Pum!

Repitióse la escena anterior: el perro, nervioso con la doble detonación, y Juan, seguro de haber derribado la pieza, la buscaron ansiosamente por todas partes; pero ¡oh asombro!, volvieron á hallarse chasqueados. El guarda pateó el suelo con coraje, y Rabón, meneando la cola, miró á su amo con ansia como diciendo:

«Pero señor, ¿qué es esto?»

Volvieron á salir al claro. Juan volvió á cargar su escopeta, y con paso vacilante de sorpresa y rabia, separóse de los grupos de árboles y se encaminó hacia un ribazo que hay á la izquierda. En la eminencia del ribazo había un peñasco solitario, y sobre él, no cabía duda, saltaba y esponjaba su pluma un pájaro.

Juan miró, poniéndose las manos á uno y otro lado de los ojos para enfilar el rayo visual y exclamó:

- ¡Pues lléveme el diablo si no es el maldito pardillo!

Y azuzando al perro para que levantase al ave, se echó la escopeta á la cara. Salió el tiro, disipóse el humo, y el guarda, que no vió volar al pájaro, supuso con razón que esta vez le había matado, aunque le escamó el que el perro daba vueltas rápidas en derredor del peñón olfateando el suelo. Aproximóse, buscó también, pero en balde, por lo cual dedujo que el pardillo habría caído en un barranco que está situado al otro lado del ribazo y adonde los campesinos de los contornos suelen arrojar perros, gatos y demás animales muertos. Juan y Marta estaban en la luna de miel del matrimonio, y como á

jantes contrariedades. Separando las malezas con el remate del cañón de la escopeta, tropezó con un objeto duro que produjo ruido metálico; púsose en cuclillas y vió con asombro que por entre la broza asomaba un asa de hierro. Tiró de ella, pero se resistió á su esfuerzo. Sacó su navaja de muelles y escarbó la tierra tirando al mismo tiempo, y por fin vió aparecer una gran olla de hierro con una tapadera de cobre. Sentóse en el suelo para descansar y reponerse de su asombro. Luego golpeó en la tapadera de la olla con un guijarro que encontró á mano, saltó aquella en pedazos, Juan miró y por poco se cae hacia atrás al ver que la olla casi rebosaba en monedas de oro. La estupefacción dejóle absorto durante un rato. Si Juan entonces hubiera estado más enterado de las cosas del mundo, sabría que según el docto, erudito y anticuario Reverendo Padre F... se calcula que hay en España tesoros enterrados por valor de quinientos millones de duros. Mientras estaba absorto, como se ha dicho, llegó el perro Rabón, que continuaba buscando entre las malezas, asomó el hocico á la boca de la olla y le retiró con un movimiento de disgusto: lo cual prueba que los perros desprecian el dinero. Juan estaba perplejo, porque la olla debía pesar mucho y no podía ser transportada por una sola persona. Además temía que alguien le viese. Afortunadamente era día de fiesta, y sabido es que en tales días los campesinos acuden á solazarse á las poblaciones, al revés de los ciudadanos, que se diseminan por las afueras. Por otra parte, recelaba también separarse de su recién encontrado tesoro.

Por fin se decidió, y entre las primeras sombras

del crepúsculo nocturno, de una carrera fué á su casa, seguido del perro, que al parecer estaba contrariado por haber tenido que suspender sus pesquisas en el barranco.

Llegó Juan á su casa del coto agitado y jadeante,

Púsose Juan el capote de monte, asió un asa de la olla, que tenía dos: Marta agarró la otra como pudo, y trabajosamente, dando tumbos, sufriendo resbalones y descansando á ratos subieron á lo alto del barranco. Juan, temeroso de que alguien los viera, tapó

con gran trabajo, porque no eran fuertes en contabilidad, y resultó la cantidad de diez y seis mil duros, todo en peluconas de Carlos III y Carlos IV, entre las cuales había algunos ochentines. Volvieron á meterlas en la olla, y después de discusión, en-



LA SIEGA EN ANDALUCÍA, cuadro de Gonzalo Bilbao. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

y con voz casi temblorosa dijo á Marta, que estaba cosiendo á la puerta:

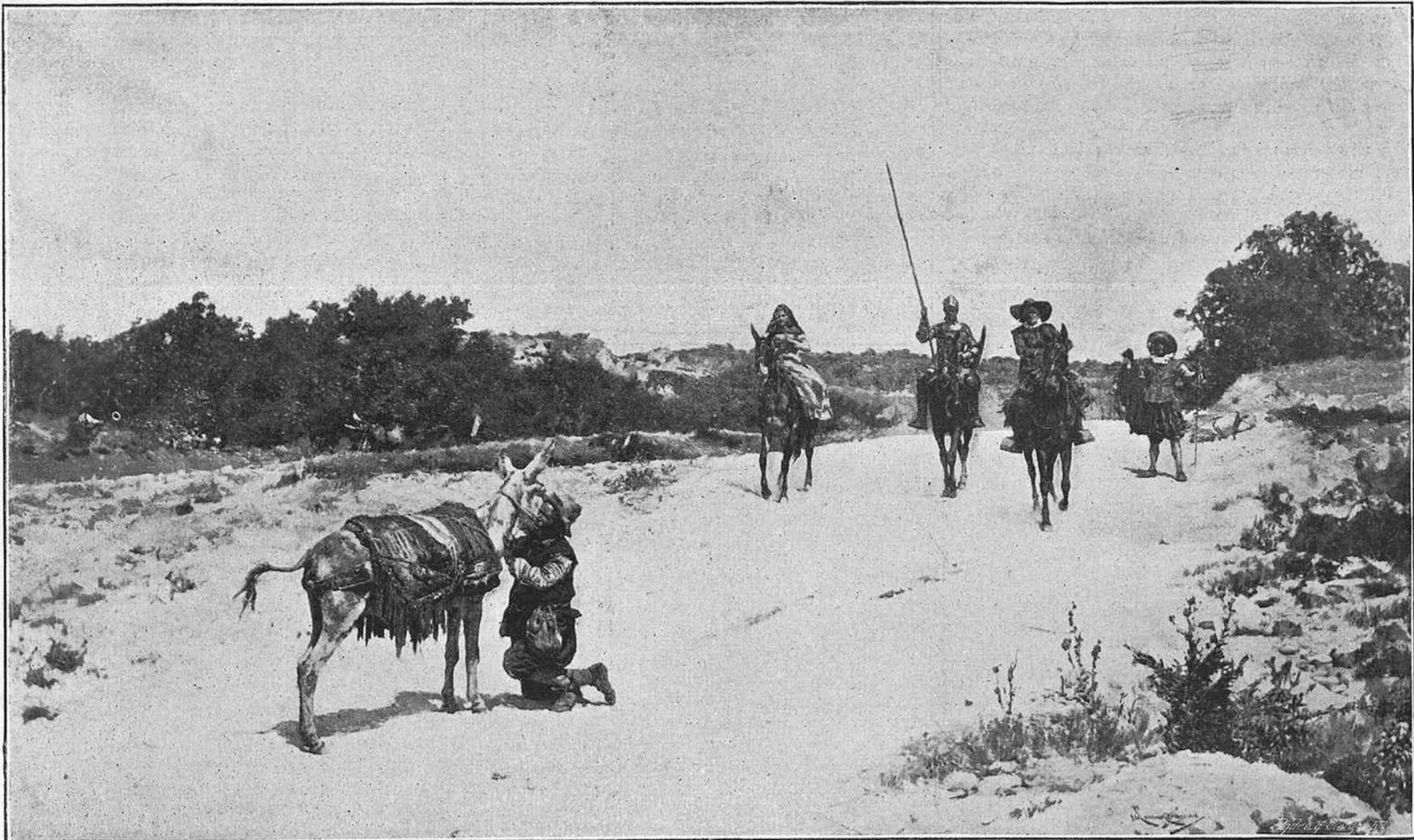
- Sacá pronto el capote de monte y ven conmigo.
 - ¿Pues qué ocurre?
 - Ven, ya te lo diré, anda de prisa.
- Trasladáronse ambos cónyuges al barranco segui-

á su mujer con la mitad del capote y ambos se encaminaron á su casa. Por fortuna era ya de noche y todo protegía al guarda. Rabón, que conocía á sus amos, no ladraba; pero al ver aquel extraño grupo vacilando con el peso de la olla, aullaba como si viese un fantasma.

cerraron aquélla en un retrete que junto á la alcoba había.

Con tantas emociones se les despertó un hambre feroz.

Marta tenía ya preparada la cena, consistente en una buena tortilla de escabeche, aceitunas manchegas



EL ENCUENTRO DEL RUCIO, cuadro de José Moreno Carbonero. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

dos de Rabón, que continuó rastreando, y mientras que Marta atónita ayudaba á su marido á acabar de desenterrar la olla, acercóse el perro meneando la cola y con un pájaro muerto en la boca: era el pardillo víctima de Juan y causante de su buen hallazgo. ¡Y vean ustedes lo que son las mujeres! Marta, olvidándose del tesoro y tomando el pájaro de la boca del perro, exclamó:

- ¡Ay, un pardillo, un pardillo!
- ¡Mujer, déjate de eso y vamos á lo que interesa!

Llegaron á la casa, Juan cerró y atrancó cuidadosamente la puerta, así como también las ventanas, que tenían reja.

Cargó los dos cañones de su escopeta, porque desde que era rico temía á los ladrones; y hecho todo esto, ambos esposos trasladaron la olla á su dormitorio, que era la pieza más recóndita de la casa. Allí, sobre el mismo lecho nupcial, fueron amontonando las monedas que sacaban de la olla con grandes precauciones para que no sonaran. Contáronlas luego

y ensalada de lechuga, contando además con los pájaros que su marido trajera del campo. Pero aquel día la caza sólo había sido de cuatro ó cinco pajarillos.

Marta había tomado el pardillo en la mano y le contemplaba con fruición, exclamando: «¡Qué hermoso es!»

Entretanto Juan hallábase cabizbajo.

- Mira, dijo, separa ese pájaro.
- Separarle, ¿por qué?
- Porque quiero conservarle.



VENUS Y MARTE, cuadro de Joaquín Agrassot (Salón Parés)



De sobremesa cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)



Esperando la barca, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS



EL TRÁNSITO DE LA VIRGEN, cuadro de José Palomo Anaya. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

- Qué, ¿no vamos á comérnosle?

- No.

Marta, aunque ruda, comprendió la delicada idea de su marido. Sintió conmoción interior que tuvo consecuencias, como ya se dirá.

Miró al pájaro con codicia, le separó ahogando un suspiro, y comenzó á preparar los otros. El guarda la miraba. Comprendía su contrariedad y él estaba más contrariado que ella; pues si nunca puede negarse ningún gusto á la mujer que se quiere, ¿cómo quitársele á la que por causa del hombre se halla en estado interesante? Marta se encontraba en este estado, y por consecuencia, cuando tres meses después, y á su debido tiempo, dió á luz un niño que nació muerto, la criatura sacó en el brazo izquierdo diseñada la figura de un colosal pardillo.

Marta murió también á consecuencia del parto.

Tal es la vida: una extraña peripecia de bien y de mal: la inocente avecilla, que originó la fortuna del guarda, fué quizá causa de que perdiese á su amada compañera.

VEINTE AÑOS DESPUÉS.

¡Qué hombre tan inteligente y tan activo es el rico comerciante D. Juan Fresneda! ¡Cuidado que habrá tenido que trabajar para reunir el fortunón que posee; porque sabido es que hace veinte años era guarda de campo, y ahora tiene tres tiendas y cuatro casas como cuatro castillos en Madrid ¡Cuánto le habrá costado reunir los tres mil primeros duros!

¡He aquí los juicios del mundo!

Juan Fresneda, viudo ya, no tuvo más trabajo que aconsejarse de un tío suyo que vivía en Arganda y que había sido lencero ambulante, venirse á Madrid en su compañía, abrir una tienda muy bien surtida de telas, en la plaza de Santo Domingo, encargar á los dependientes que *midiesen bien*, y esperar pacientemente en la trastienda á que acudiesen compradores, que en tan buen sitio y con tan buen comercio no le faltaron. Después pensó con razón que en la corte casi produce más lo superfluo que lo necesario, y por consecuencia fué abriendo tiendas de lujo y enriqueciéndose para distraerse del eterno recuerdo que conserva indeleble de su adorada Marta.

Tiene una lujosa habitación en su casa de la calle Mayor, y sobre una consola dorada y marmórea una urna de cristal de Bohemia, debajo de la cual conserva disecado al pardillo que con sus revuelos llevó al barranco en donde encontró el tesoro. D. Juan Fresneda está afiliado á un partido político de orden, es tesorero de su círculo, ha sido concejal, diputado provincial, y cuando suban los suyos, que están ya con un pie en el estribo, es casi seguro que será diputado á Cortes. Es probable que no llegue á ministro, porque no acierta á emitir dos oraciones seguidas con buena sintaxis; pero es indudable que será hombre influyente en la situación, que votará con voz firme en el Congreso, obteniendo el particular aprecio del ilustre jefe de su partido.

Ahora bien; he aquí un problema: no cabe duda que la Providencia intervino muy directamente en la suerte de Juan; pero al mismo tiempo privóle de una mujer que por sus ojazos negros y por su mata de pelo ídem, daba el opio en una y otra orilla del Jarama:

¿Ganó ó perdió Juan?

Eso, el lector lo resolverá á su gusto.

LUIS MARÍA PALACIO.

zas, y sólo siéntese capaz de requerir á la garrida moza. Este es el asunto del nuevo cuadro del distinguido pintor valenciano D. Joaquín Agrassot, quien ha sabido hacer gala una vez más de las cualidades que tanto le distinguen, de manera que la obra se halla en armonía con el buen nombre de su autor.

De sobremesa. - Esperando la barca, cuadros de Francisco Miralles (Salón Parés). - Laborioso é infatigable, sorprende la producción artística de D. Francisco Miralles, quien, á juzgar por la valía de sus obras, no decae ni languidece. Cábenos con frecuencia la

satisfacción de poder publicar los cuadros que ejecuta, y esta circunstancia nos releva hasta cierto punto de emitir nuevas apreciaciones, ya que han de recordar nuestros lectores las anteriormente consignadas. Los dos lienzos que hoy reproducimos, de simpática tonalidad y elegancia de líneas, hállanse inspirados en escenas observadas en la playa, son cuadros de costumbres de la costa, llenos de animación y vida.

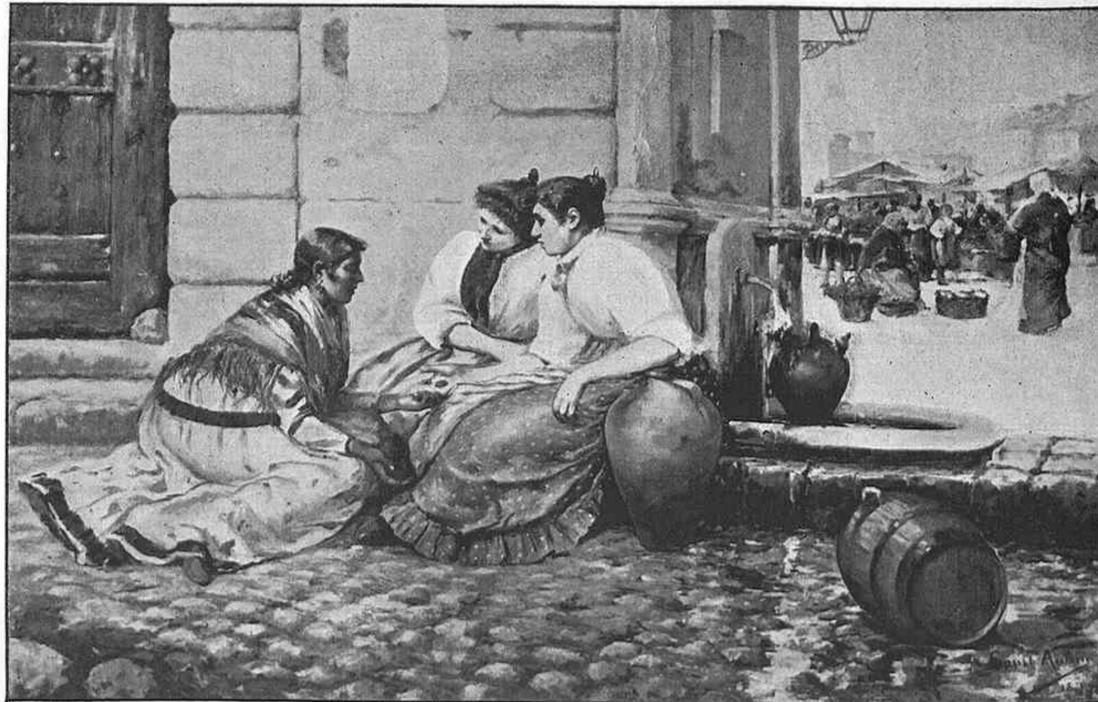
El lavadero de Montecelio, cuadro de Manuel Villegas Brieva. - Recuerdo de su estancia en Roma es el precioso cuadro de Villegas Brieva que damos á conocer á nuestros lectores. Copia de uno de los rincones más típicos y característicos de la Ciudad Eterna, es la nueva producción de tan discreto artista una muestra más de las cualidades que concurren en el laureado autor del gran lienzo alegórico titulado «La guerra», premiado en la Exposición nacional de 1892, que nos cupo la satisfacción de reproducir en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, quien ha logrado alcanzar nuevos plácemes en el certamen que acaba de terminar por su bella composición «Último sueño de una Virgen.»



EL LAVADERO DE MONTECELIO (Roma), cuadro de Manuel Villegas Brieva

Función de tarde, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés). - La escena que ha servido de asunto para el cuadro que reproducimos, es trasunto de las que pueden observarse en los teatros de nuestra ciudad durante las tardes de los días festivos. Abundan entonces los infantiles espectadores, quienes siguen siempre con creciente interés la obra representada, retratándose en sus semblantes sencillos é ingenuos las impresiones que experimentan.

El joven cuanto discreto pintor D. Félix Mestres ha sabido expresar fielmente la situación de ánimo de cada uno de los espectadores que en el lienzo figuran, distinguiéndose el total de la composición por el sello de verdad que en ella resalta.



LA BUENAVENTURA, cuadro de Alejandro Saint Aubin. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

LA SEÑORA FLORENT

NOVELA ORIGINAL DE CAMILO BRUNO. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Llegó el día en que nuestros arrendadores no nos pagaron ya, y esto nos redujo á una escasez muy próxima á la necesidad. El único arrendamiento, el de Simón, pagado siempre con regularidad, nos per-

»La condesa de Artois, conociendo la triste situación de la baronesa de Lois, quiere facilitarle los medios de trasladarse á Viena, donde nuestra benévola princesa ha establecido provisionalmente su residencia, conservando junto á sí para la parienta de usted un cargo digno del nombre que lleva. La baronesa de Lois, señorita, tendría el mayor placer en que usted la acompañase hasta aquí bajo su égida, con tal que su señor tío no se opusiese á ello, y hasta se espera que consentirá en seguir á usted. Un casamiento en el extranjero es común en el tiempo en que vivimos. No me atrevo á insistir, señorita; pero sería el más feliz de los hombres si este arreglo mereciese su aprobación.

»En caso contrario, si los esponsales á larga fecha la atemorizan, y si la incertidumbre sobre el porvenir que se prepara es causa de que sienta usted haber enajenado su independencia, estoy dispuesto, señorita, á devolverle su palabra.

»Como quiera que fuere, muy honrado por la elección que se dignó usted hacer en mi persona, me pongo á sus pies con el más profundo y merecido respeto.

CONDE DE FORMONT.»
La lectura de esta carta me sumió en una medita-

ción profunda. ¡Volver á ser libre!.. ¡Qué tentación tan deliciosa! ¡Nadie se imagina cuánto pesa la cadena más ligera cuando el amor no ha unido los eslabones! No pertenecer ya á nadie, poder elegir á mi antojo y cuando yo quisiera el marido que mi imaginación, más madura ya, comenzaba á representarse... ¡qué sueño! Después de todo, bien me era permitido saborear la dulzura; esto no costaba lágrimas á nadie, pues yo veía claramente entre las líneas de aquella cortés epístola que el humor sereno que las había dictado no se desmentiría, cualquiera que fuese mi contestación. Por otra parte, yo no me hacía ilusiones sobre la suerte de los nobles que aún quedaban en Francia, y la emigración me parecía el único medio seguro de escapar de una mísera situación. El casamiento me ofrecía una puerta de salida providencial. ¿Qué hacer?

Mi indecisión terminó por la tumultuosa entrada de Pamela, cuyo rostro desencajado anunciéme desde luego una desgracia.

— ¿Qué hay?, pregunté. ¿El señor?..

— ¡Ah, señorita!, contestó, nadie comprende lo que dice.

Corrí á la habitación de mi tío.

Pálido y con los ojos vidriosos, estaba en los brazos de un criado, y sus palabras ininteligibles apenas llegaban hasta nosotros. Se llamó apresuradamente al médico, y éste diagnosticó una parálisis del cerebro. Durante ocho días estuvimos temiendo un funesto desenlace; nuestra solicitud contuvo el mal; pero desde entonces mi pobre tío no recobró nunca la plenitud de sus facultades. Débil como un niño, acosado de pueriles temores, llorando por la menor resistencia y estremeciéndose al menor ruido, llegó á ser para todos cuantos le rodeaban objeto de una dolorosa compasión. El médico respondió de su vida, pero á condición de que se conservase en la más profunda calma; el menor cambio en sus costumbres podía producir una crisis fatal; pero si se le cuidaba

podría vivir hasta fin de año. Naturalmente no se pensó ya en trasladarle á Alemania, y ni siquiera me ocurrió la idea de abandonarle en Malpuy. En su consecuencia, escribí al Sr. de Formont diciéndole que recogía mi palabra y le devolvía la suya, sin perjuicio de reanudar ulteriormente nuestros proyectos en el caso de restablecerse á medida de nuestros deseos el antiguo orden de cosas.

Algunos emigrantes de los alrededores se juntaban ya para marchar aquella misma semana, y propuse á Pamela que se reuniese con ellos, poniendo á su disposición una suma bastante crecida y asegurándole que sabría prescindir de sus servicios. La pobre mujer no conocía á ninguno de sus parientes, pero habiéndose educado en Inglaterra tenía allí algunos amigos, y yo la invité á reunirse con ellos mientras fuese tiempo todavía; pero su alma, aunque bastante vulgar, no era accesible á una mala acción. Abandonarme en tales circunstancias parecía hasta cierto punto una infamia, en la que no pensó ni un instante.

— Me moriré de espanto, contestó con lágrimas en los ojos, pero será junto á usted.

Yo la abracé y no quise insistir más.

Cierta noche me despertó con ruidosos gritos. Habiéndose levantado para tomar el aire, había divisado un reflejo rojizo en la dirección opuesta á Blois. Evidentemente, la fábrica de licores de los hermanos Hauffmann se había incendiado; queridos de todos por su paternal administración, aquellos infelices habían sido víctimas de un puñado de energúmenos; expulsados de su casa vagaban por los caminos con su familia, mientras que algunos desalmados prendían fuego á su fábrica y saqueaban su casa. Envió á buscar á los fugitivos, ofreciéndoles un refugio temporal; pero prefirieron apresurar su marcha sobre la frontera suiza para volver al país natal.

No se me ocultó que de un momento á otro podría sucedernos otro tanto, pues ni el sexo ni la edad se respetaban; lo sabía muy bien, y hallábame preparada á todo. Mis alhajas estaban en una bolsa, mis papeles en un escondite y mis reliquias en el cuello. No siendo miedosa, al fin llegué, á fuerza de prever una brusca marcha, á considerar sobre todo la parte romántica de esta fuga, y esta perspectiva me hubiera divertido casi á no ser por la compasión que me inspiraba mi pobre tío, impotente en medio de aquellas peripecias.

El caballero se moría lentamente; el aparente apoyo que aún me quedaba iba á desaparecer muy pronto. Un día, al entrar en su habitación, le encontramos sonriente y helado; la muerte le había sobrecogido en silencio, sin violencia, mientras nosotras dormíamos. Ya estaba yo sola en el mundo, y la única parienta con cuyo sostén hubiera podido contar hallábase ahora en Austria. Yo no era mujer para solicitar que abandonase su pacífico destierro y se asociara á mis peligros; y reunirme con ella no era factible, pues no se daban ya más pasaportes. Por otra parte, no tenía empeño en ver otra vez al conde de Formont.

III

Como nuestro panteón de familia estaba en Blois, mi pobre tío no fué conducido allí, pues había entonces mucha agitación en la ciudad, y el paso de una comitiva fúnebre no se habría efectuado con la solemnidad debida. Enterramos al caballero en el parque, rezando las oraciones un sacerdote juramentado que los sepultureros nos impusieron, y que yo acepté por temor á un conflicto ante el cadáver. Yo sola y Pamela íbamos detrás del ataúd, pues nuestra gente no se creía ya obligada á muestra alguna de respeto, y no me conservaban ningún afecto por mi antiguo prestigio. Como yo no era ya noble ni rica, mirábase con malos ojos mi frialdad, y lo que en otro tiempo elogiaban en mí como digno, no era más que una farsa insoportable. En cuanto al difunto, ¿por qué le habían de acompañar los que no creían en otra vida? No siendo el despojo de un alma, aquel cadáver no les representaba ya más que algo como una escoria ó desecho, bueno tan sólo para hacer germinar en el suelo un poco de trigo.

Mientras que yo pensaba de este modo, arrodilla-



La señora Florent

mitía mantenernos aún en posición conveniente. Sin decir nada á mi tío, yo había vendido con pérdida una pradera y dos arbolados; y así por economía como por prudencia, pues se temía ya á los delatores, nuestra servidumbre se reducía á tres personas. Los vecinos emigraban en masa. Llegado el día de San Juan, nuestro capellán nos abandonó para expatriarse, porque no quería prestar juramento. Para no aumentar la irritación de mi tío, yo había retirado todos los diarios; y en cuanto á mí, apenas salía, por temor de encontrar á los descamisados patibularios que llenaban los caminos. Por la noche oía pasar grupos de hombres embriagados, cantando himnos de odio, y contemplaba un horizonte sombrío rasgado por nubes de color de sangre.

Desde nuestra separación, mi futuro me había escrito con mucha regularidad. La sucesión por la cual había salido de Francia estaba más embrollada de lo que creyera en un principio; temía verse obligado á permanecer aún largo tiempo en Alemania, y expresábame su sentimiento políticamente. Le contesté en el mismo estilo, y le referí cuanto ocurría, con el tono ligero que entonces se empleaba para mostrarse superior á la mala fortuna.

Una tarde recibí de él la carta siguiente:

«Señorita: Me ha tocado ayer en suerte una lisonjera distinción, si bien me inquietan un poco las consecuencias. Monseñor el conde de Artois me ha enviado á decir que me agregaba á su servicio, confiando en que mi celo no se desmentiría durante su destierro; y por lo tanto, desde hoy formo parte de su casa. Semejante cargo, puramente honorífico, es de aquellos que no rehusa un hombre de corazón; pero veo, señorita, con el mayor sentimiento, que no podemos seguir el mismo camino, y yo me pregunto si se confundirán alguna vez nuestros destinos, como lo había soñado. Por fortuna, todavía existe un medio para realizar nuestros proyectos. Consienta usted, por favor, en fijar un poco su pensamiento.

da junto á la fosa, oí unos pasos detrás de mí; eran los de Simón.

— Dispénsese usted, señorita, díjome, acercándose; los trabajos urgen, y no he podido llegar á tiempo para echar agua bendita sobre el caballero; pero vengo á ofrecer algunas de las flores que le agradaban.

Así diciendo, depositó sobre la tumba un puñado de esas hermosas anémonas purpúreas, últimas flores del otoño, que mi tío recogía á menudo en sus paseos solitarios.

— Muchas gracias, Simón, contesté.

Y por decir alguna cosa más, añadí:

— ¿Sigue bien tu madre?

— ¡Mi madre!, balbuceó. He tenido el honor de manifestar á la señorita, cuando le traje el importe de la renta, que había muerto este verano.

Me ruboricé vivamente; tan sólo el corazón hablaba en mí en aquel momento, y olvidando las distancias, le ofrecí la mano apresurándome á contestar:

— Te ruego que me dispenses.

Tomó mi mano é inclinóse en vez de besarla, según la costumbre de nuestros antiguos vasallos.

— La señorita lo ha olvidado, repuso, y es natural, porque hace algún tiempo que no iba á vernos...

Su voz era algo temblorosa, y esto me hizo sentir más mi cruel aturdimiento.

— Iré mañana, contesté.

Sus ojos brillaron; abrió la boca como para hablar y no dijo una palabra.

— Pero ¿qué hay?, pregunté con indulgencia.

Simón dirigió á su alrededor una rápida mirada, como para cerciorarse de que mi aya era el único testigo, y reanimándose contestó:

— No ha de esperar usted hasta mañana para ir; es preciso que vaya ahora mismo, y que permanezca allí hasta que haya pasado la gran tempestad. Sí, señorita, las cosas van mal, peor de lo que usted pudiera creer. Se trata de adoptar nuevas medidas contra la nobleza, y para usted podré atenuar los efectos de las mismas, pero no me atrevo á obrar sin su permiso, y el tiempo urge. Por eso me he atrevido á buscar esta entrevista, á pesar de la hora y el sitio, que según comprendo no son los más propios.

— ¿Por qué no me has hablado antes?, contesté con un tono más altivo de lo que yo quería.

— He temido no inspirar á usted confianza, contestó con triste gravedad.

Después de reflexionar un momento, evoqué el recuerdo de cuanto yo sabía de aquel hombre, y le miré fijamente.

— Confío en ti, díjeme, y ya puedes hablar.

Un rayo de alegría iluminó su rostro moreno.

— No quedará usted engañada, repuso; se lo prometo ante el cadáver que ahí reposa.

Y con voz más tranquila, que no manifestaba ya temor, añadió:

— La nueva ley se reduce á esto: «Todo emigrado que no haya vuelto á sus dominios en 1.º de enero de 1792, verá sus posesiones confiscadas y sus tierras vendidas en pública subasta.»

— ¿Y en qué me atañe á mí eso? Los Malpuy no figuran en la lista de los emigrados.

— Sí tal, ó por lo menos..., pero déjeme usted referirle á mi manera. Los comités de organización cuentan por desgracia, entre muchas personas honradas y de buena fe, algunos pillos que en las convulsiones actuales no ven más que la oportunidad de enriquecerse, y que aumentan indebidamente las listas para alimentar el tesoro de que hacen uso. Aprovechándose de la menor equivocación cambian á su antojo la ortografía de los nombres, y de este modo hacen su jugada. El caballero, en vez de estar inscrito en el registro de difuntos, figura como desaparecido; y como precisamente ha emigrado un propietario de los alrededores llamado Maupuy, cuyo dominio no vale la cuarta parte de este, no se ha vacilado entre él y usted. La sustitución se ha hecho ya, y el castillo de Malpuy será vendido dentro de poco con sus tierras y dependencias.

— Malpuy me pertenece, exclamé, y cuando yo me haga presente, será preciso que...

Simón me interrumpió con su voz firme.

— No lo hará usted, porque sería una temeridad loca é inútil, que tan sólo conduciría á su perdición.

Y como el estupor me impidiese contestar, continuó:

— No es cosa de mecarse en vanas esperanzas; es preciso desechas las ilusiones lisonjeras y las funestas dilaciones: vivir ó morir; á esto se reduce la cuestión.

— Hablas claro... y sin consideración, repuse, frunciendo el ceño.

— ¿Sin consideración? ¡Ah! No lo crea usted así, exclamó Simón con cierto aire de tristeza que me conmovió. Sería el hombre más miserable si yo no le profesara á usted hoy más respeto que el que hasta ahora me mereció; pero yo sé, comprendo usted

bien, yo sé que el peligro está ahí, terrible, inevitable, y que ha llegado el tiempo en que no se está seguro de vivir sin la condición de hacerse olvidar.

Pamela comenzaba á comprender y gemía en voz baja.

— ¿Es decir, repuse, que me dejaré despojar sin pronunciar una palabra? Es un poco duro.

— No, señorita, porque tengo un medio para arreglarlo todo; pero ahora principalmente es cuando necesito contar con su confianza.

— No tengo más que una palabra.

— Pues bien: gracias á la depreciación del papel moneda, podré fácilmente volver á comprar el dominio de usted y devolvérselo al punto, mediante su firma, por la suma que juzgue conveniente darme el día en que haya recobrado sus bienes.

Permanecí un momento silenciosa, muy conmovida y sin querer parecerlo.

— Tienes buen corazón, le dije al fin, y te doy las gracias.

— ¡Ah, señorita, querida y noble señorita, repuso, uniendo las manos con fervor, no ha tenido usted ese horrible pensamiento que yo temía! No ha creído que yo la tendía un lazo para hacerme dueño de sus tierras. ¡Ah! Está muy bien; esto es hermoso y digno de usted.

— ¿Cómo te había yo de acusar de semejante cálculo?, contesté con altivez. Para pensar el mal en otro, yo debería ser capaz de hacerle.

Y añadí con tono amistoso:

— Pero tu proposición, pobre muchacho, no es aceptable. Sin duda alguna, preferiría ver Malpuy en tus manos que no en las de otro cualquiera; pero si has de comprarle para devolvérmele, no hablemos más de ello, porque yo no volvería á tomarle jamás sin pagarte lo que fuera justo.

— Escuche usted, repuso, dando vueltas á su gorro entre las manos, si la cosa es conveniente para usted, también resulta para mí ventaja. Supongamos que se fija como precio, según tratan de hacerlo, la suma de cien mil escudos por las construcciones y las tierras. Yo tengo en casa de maese Griffard un reducido depósito que agregado á mis ahorros me darán un total de cien doblones de oro contantes y sonantes. Estas monedas son raras en la plaza, y me darán en cambio más asignados de los que se necesitan para cubrir la suma. En su consecuencia me debería usted cien doblones, además de los intereses acumulados al tipo legal, y me parece que de este modo, si alguien pierde, no será seguramente Simón. Heme aquí poseedor de las tierras; despido á los que las tienen, que las administran á tontas y á locas desde que se han entregado á la política, y me hago valer con personas de mi agrado. La tierra se beneficia, los cereales me producen..., y en justicia, señorita, yo soy quien sería deudor de usted. Según he dicho á usted antes, gano tanto, que si no temblase por su vida no me atrevería á insistir en favor de su renuncia.

— Muy bien, Simón, yo sé contar, y es indisputable que yo soy la deudora. Si no fuera por tu intervención, fijate un poco en lo que me sucedería: mis diligencias serían inútiles; y cuidándose poco de las reclamaciones de una joven, los que codician mis bienes se arreglarían para tergiversar la ley. Malpuy quedaría convertido en bien nacional; mi castillo pasaría de mano en mano, y por último le perdería el día en que me hallase en disposición de recobrarle. Se cortarían mis árboles, los estanques quedarían secos, mis caminos serían destruidos. En cambio, tú me libras de todos esos disgustos, y puedo estar tranquila. Respetas á Malpuy como un depósito confiado, y después me lo devuelves, fiel á tu palabra.

— Pues bien, exclamó Simón con voz alegre, si yo me beneficio y usted también, paréceme muy razonable el negocio.

— Hágase como dices, contesté resueltamente; te confiero plenos poderes, y quedamos entendidos. ¿Qué dice Pamela?

— Que es una desgracia vivir en tiempos semejantes, contestó el aya con un suspiro.

— Pero también es una dicha encontrar personas honradas, me apresuré á decir. Y basta por hoy, el día toca á su término, y quiero rezar otro *de profundis* antes de llegar al castillo. Mañana iré á tu casa, Simón, para que acabes de explicarme los detalles del negocio. ¡Buenas noches y que Dios te guarde!

Al despertarme al día siguiente vi que la tierra estaba cubierta de nieve. El tiempo, tan admirablemente benigno hasta entonces, había cambiado de improviso, y comprendíase al fin que la Navidad se acercaba. A pesar de esto, no dejé de prepararme para ir á casa de Simón; pero no teniendo ya caballos, me puse unos zapatos de suela muy gruesa y un pesado mantón, y siempre seguida de Pamela tomé con paso rápido el camino que conducía á la Courdraie.

En medio de un campo divisé un labrador que se apoyaba sobre su arado: era Simón.

— ¡Hola, Claudio!, dijo á un campesino muy joven que iba á su lado, termina ese surco; después entrarás los bueyes, y hecho esto irás á trabajar en las manteneras con la Griotte y Clarita.

Dada esta orden, Simón se acercó á mí.

— Estoy á su disposición, señorita, dijo; no la esperaba tan pronto, y no teniendo en el campo más que aprendices, es forzoso que haga muchas cosas yo mismo. A no ser así, las tierras perderían hasta el punto de no producir nada.

— ¿Cuántos jornaleros tienes?

— Nada más que ese novicio y dos mujeres, y acaso fuera mejor despedirlos..., pero paciencia. Hablaremos mejor en la granja delante de los sarmientos que arden.

— ¿Ha reflexionado usted, preguntóme Simón cuando nos hubimos instalado junto al hogar, que si la encuentran en el castillo cuando vengán á efectuar el embargo, sería como protestar en absoluto contra la confiscación?

— ¡Qué quieres hacerle! Yo no puedo ocultarme en un rincón para sincerar á esos excelentes expoliadores; me limitaré á no pronunciar palabra, y esto es todo cuanto me es dado prometer.

— Tendrá usted frecuentes inquietudes. Se instalarán en el castillo para celebrar banquetes, y profanarán á los ojos de usted sus más caros recuerdos.

— Esto no será más que una vez, pues apenas seas dueño de Malpuy, sabrás defenderle.

— Demasiado tendré que hacer en los campos para ocuparme del castillo. Piense usted que se han de cuidar cinco granjas, y que para pagar la renta, como es justo, será necesario que yo tenga los ojos en todo.

— ¿Para pagarme la renta? Tú te chanceas. ¿He percibido acaso más renta que la tuya desde hace muy cerca de dos años? Muy lejos de ser tu acreedora, ¿no seré yo tu deudora si haces valer esas tierras abandonadas? En cuanto al importe de tu arriendo, tú ya no me adeudas nada. Creo que es de cien escudos, poco más ó menos el interés de los mil doblones que destinarás para comprar de nuevo Malpuy; de modo que yo no tengo ya ningún derecho, ni le quiero tampoco bajo pretexto alguno.

— ¿Y de qué vivirá usted, hija mía?, preguntó Pamela con expresión de angustia.

— Tengo alhajas, y puedo vender ó hipotecar la casa de la calle de Bac. Por otra parte, reduciré mis gastos, y aseguro que sin sentimiento. Habitaré los dos aposentos más reducidos de mi castillo, y usaré casacaquillas de fustán; también puedo preparar la comida yo misma, pues como todas las hijas de buenas familias, no desconozco el arte culinario. Dícese que á las señoras de Blois les agradan los bordados, y en su obsequio volveré á ocuparme con mis agujas y mi tambor. Esto será extraño; mas no por eso estaré peor.

Simón me escuchaba enternecido.

— Es un sueño, dijo al fin, un hermoso sueño de su alma valerosa; pero todo eso no puede ser, y usted se agita como un gorrión en el lazo. Escuche usted mi proposición, y verá que el afecto de un humilde servidor es lo que la inspira.

— A fe mía, repuse con una sonrisa, que para ser un humilde servidor no dejas de parecerme un hombre audaz y de inventiva. Para todo encuentras remedio, y tú te arreglas de modo que se ha de pasar por donde quieres. Veamos lo que has imaginado ahora.

Como todos los campesinos, Simón no comprendía las chanzas, y por otra parte, tal era su deseo de convencerme y tanta su seguridad de salvarme si me persuadía, que su voz, su ademán, todo en él contuvo mi sonrisa y me impulsó cuando volvió á tomar la palabra.

— No basta ser mudo, dijo, ni tampoco permanecer inmóvil, es preciso eclipsarse, desaparecer, como ayer le dije y se lo repito hoy. Tal vez mañana sería demasiado tarde; la caza que se persigue no debe demorarse en su madriguera, sino que es forzoso hacer perder la pista al cazador buscando otro asilo. Usted ha dicho que tiene confianza en mí... Pues bien: ¡abandone usted ese castillo lleno de asechanzas! Véngase á la granja, y bajo un nombre supuesto y con un traje prestado espere en ella días mejores. Todo cuanto hay aquí le pertenece, y podía ocultarse si mi presencia es importuna; pero si me tolera á su lado, jamás perro tan fiel habrá custodiado su puerta, pues para llegar hasta usted deberán pasar sobre mí. ¿Qué puede perder en el cambio? Usted dice que allá vivirá en dos aposentos, y que hará las veces de criada, ganándose el pan que coma.

Aquí no habrá lujo, pero tampoco privaciones, y si una vida frugal y sana en el seno de la naturaleza, en el silencio y la seguridad. Aquí tendrá un defensor,

que será al mismo tiempo un servidor. ¡Venga usted, hágame esta gracia! Toda mi vida conservaré un sincero agradecimiento, y lo que usted llama su deuda hacia mí lo habrá pagado con creces.

Simón lo había dicho todo, y durante un momento permaneció silenciosa; el asunto era importante, y merecía algunos segundos de reflexión. En cuanto a Pamela, se había entusiasmado desde luego al oír esta proposición.

— Señorita, me dijo con viveza, lo que ese muchacho propone es completamente razonable, é imagino que usted lo comprende; mas aunque no viese la necesidad de complacerle, espero que por consideración á mí no rehusará la única probabilidad de salvación que nos queda.

— ¡Dios mío! Pamela, contesté, déjeme reflexionar un poco; aún no se ha declarado el fuego en la casa, y me parece que nos queda tiempo para volver. Admito que llegue un tiempo en que será útil disfrazarse, y como Simón estará mejor informado que nosotras, debemos creerle bajo su palabra; pero me parece que la urgencia no es evidente.

— ¿Y no ve usted, replicó la solterona, que si huimos á última hora podrán perseguirnos, mientras que nadie nos molestará si se supone que hemos desaparecido hace tiempo?

— Buena amiga, repuse, el miedo le hace ser tan fecunda en argumentos como un retórico de la Sorbona; pero á mí me agradan poco las medidas preventivas. Seamos prudentes, puesto que á las mujeres no les queda sino este triste partido; pero no exageremos nada, porque entonces nuestra procedencia merecería otro nombre.

— ¿Negará usted, repuso Pamela con cierta acritud, que no es práctico vivir en la granja y renunciar á toda representación costosa?

— ¡Oh! En cuanto á eso, hija mía, no puedo contradecirle. La parte económica es indiscutible, y ahora falta saber si el peligro es verdaderamente inmediato.

Simón tomó la palabra.

— Se lo juro á usted, dijo, por el alma de mi madre; cerca está la hora en que el disfraz será el único recurso de los más nobles y de los más intrépidos.

— Entonces, contesté, es preciso creerte; pero esta idea es tan nueva...

— Naturalmente, replicó el aya; nadie la había enterado de lo que pasa, por temor de verse obligado á prestarle á usted tal servicio, y no se encuentran todos los días vasallos dispuestos á exponerse á un peligro en favor de sus amos.

— ¿Exponerse á un peligro?, repetí. ¡Ah, es cierto! En todas partes y en todos los tiempos de perturbación, los que daban asilo eran buscados y castigados, y ya son mal vistos los que ocultan á nuestros sacerdotes. Muy pronto los que hacen lo mismo con los nobles incurrirán tal vez en penas más graves... ¡Ah! Tú me has iluminado á tiempo y sería inútil discutir más. Rehuso.

— ¡Ah, exclamó Simón, pues no faltaría sino que!.. Pero querida señorita, añadió, usted no está perseguida, al menos que yo sepa, y lo peor que puede suceder, si la tiranía demagógica se organiza, es que se moleste á las personas que recojan á los proscritos. En todo caso esto no rezará conmigo, pues conocidas son mis opiniones. ¡Yo ocultar á los nobles! ¡No se reíría poco la gente si alguien fuera á decir eso en el club!

Yo escuchaba con frialdad.

— Es verdad, tú eres de los suyos, murmuré, estremeciéndome de disgusto.

— Sí, repuso, con los ojos brillantes y una mirada altiva que me sorprendió. No, yo soy el sostén del miserable y el defensor del paria; he soñado la libertad, y espero la igualdad; pero ante todo quiero la fraternidad. He sufrido por todos los abusos, gimiendo por la infracción de los derechos; he visto despuntar la aurora de las justas represalias, y he saludado con un cántico de amor el advenimiento de una nueva era. Después he visto también á indignos soldados deshonorar á la cohorte santa, los he visto manchar de sangre su bandera, y he gritado de horror en la angustia de mi culto vacilante. Todo cuanto yo creía factible lo intenté para librar á la revolución de sus falsos hermanos. He arrancado del destierro, de la miseria y del oprobio á los mismos que no habían tenido compasión del pueblo. Tendí la mano en otro tiempo para levantar á las víctimas, y hoy la ofrezco para hacer gracia á los opresores. ¡Apóyese usted en ella, hija de nobles, porque jamás ha contribuido á las desdichas de su raza!

Al decir esto me presentó su mano, grande, callosa y robusta, y yo puse en ella la mía resueltamente, firmando así mi contrato.

Simón por su estado y yo por naturaleza no éramos propios para permanecer largo tiempo en las al-

turas de la abstracción pura, y descendimos al punto á los detalles de la vida.

— Veamos, dije yo, supongo que no pretendes hacerme aceptar una limosna. Admito que no te costaremos muy caras, pero yo tengo buen apetito y Pamela en esto me aventaja. Acostumbro á mudar las sábanas dos veces á la semana, y en fin, tengo manías á las cuales me prometo no renunciar desde luego; de modo que habrás de hacer más gastos de los que supones. Te recomendaré más tarde, y ampliamente si puedo, sin creer por esto que he pagado mi deuda. Entretanto, para estar yo más tranquila, toma esta sortija y véndela; y cuando hayas gastado en provecho mío el dinero que te produzca, ven á pedirme otra. Tengo también dos collares y brazaletes, y mientras te basten para mis gastos permaneceré en tu casa. Cuando ya no tenga nada, iré, siempre bajo un nombre supuesto, á pedir á la nación el pedazo de pan que promete á los pobres.

— Será usted obedecida, señorita, y muchos meses transcurrirán antes de que el importe de la sortija se consuma en pago de mi sopa con tocino y mis lejías.

— ¡Choca, pues!

Y le dí un golpecito en la mano como si fuese una campesina.

— ¿Y nuestros trajes?, exclamé con la curiosidad de una niña. Enséñanoslos.

— Tengo las ropas nuevas que mi madre acababa de comprar. Son suficientes para ustedes.

— ¿Cómo quieres llamarnos? ¿Por quién nos harás pasar?

— ¡Pardiez, si yo me atreviese!.. Sería lo más seguro. Despediré á mis dos criadas, y para los curiosos...

— ¡Nosotras las representaríamos!, exclamé yo muy divertida. ¡Pobre canonesa! ¡Usted será la Griotte y yo Clarita! Nos tutearemos según la nueva moda. Si viene un curioso comenzaremos á lavar la ropa ó á descascarar las nueces, y cuando se vaya, Simón extenderá su chaquetón sobre la arena para que los guijarros no laceren nuestros delicados pies.

— ¡No tener ninguna criada!, exclamó Pamela. ¿Bastará, pues, el pequeño Claudio?

— Sí, él y su hermana Cadiche, una buena muchacha de quien estoy seguro.

— ¿Y mi pobre Malpuy? ¿Quién le defenderá contra los ladrones, preservándole de las ratas y de las limazas?

— Ya he pensado en ello, y he aquí lo que propongo: cierre usted las puertas y entrégueme las llaves. Yo haré saber á Blois que, siendo el principal labrador del dominio, me he encargado de la custodia y conservación de esa casa abandonada.

— ¿Y cuando se haga el inventario del bien nacional?

— Prevenido la víspera, iré para abrir las puertas á los peritos y ofrecerme como comprador.

— ¿Entonces podré contar contigo respecto á la tumba de mi pobre tío?

— Esté usted tranquila sobre este punto; mientras yo tenga dos brazos á su servicio no carecerá de plantas y flores.

En aquel momento el pequeño Claudio se presentó en la puerta.

— Es el mozo que viene á recibir órdenes. ¿Me permite usted decirle dos palabras?

— Nosotras nos vamos, contesté yo levantándome; voy á prepararlo todo, y esta tarde, al anochechar, nos verás llegar.

IV

Por el camino, Pamela no cesó de felicitarme por mi determinación, sin duda para que persistiese en ella en el caso de que pensara volver sobre mi acuerdo; mas no era de temer esto, pues yo estaba segura de haber adoptado el único partido razonable. El sentimiento de las distancias era tal en aquella época, que no pensé siquiera en la objeción principal: en la inconveniencia de que una mujer tan joven como yo viviera bajo el mismo techo que un hombre de mi edad.

Una sorpresa me esperaba en el castillo: mi doncella y mi cocinero, su marido, se habían marchado, dejando á Dulac, mi mayordomo, el encargo de darme su despedida. Este incidente, que aun la víspera me hubiera contrariado mucho, servía muy bien ahora para mis nuevas disposiciones y demostrábame una vez más la urgencia del caso. Comprendí por el aspecto de Dulac, muy pensativo ante la perspectiva del pesado trabajo que iba á poner á prueba su pereza, que solamente el respeto le retenía á mi servicio; y en su consecuencia díjele que yo iba á establecerme en Blois y que por lo tanto le dejaba libre; pagué su cuenta y despedíle, deseándole buena suerte. Hecho esto, reuní las frioleras que necesitaba, teniendo

cuidado de aligerar mi equipaje para no obstruir en demasía los armarios de la granja, y exigí á Pamela que obrase con igual discreción. La buena mujer hubo de contentarse con rellenar sus bolsillos y el pequeño saco de que se había provisto. Yo tenía empeño en marchar sin entorpecimiento alguno, como quien va á dar un paseo; cerré todos los muebles, puse las llaves en mi limosnero y salí sin sentimiento de aquella morada donde mi vida había sido tranquila, pero fría, de aquel parque cuyos árboles y flores no dejaban en mi alma ningún recuerdo de ternura.

Hacía una de esas hermosas heladas que reavivan la sangre y el espíritu. En el umbral de la puerta, una rosa de Navidad que acababa de abrirse me pareció un feliz presagio, y cuanto más andaba más se perdía en el pasado el recuerdo de mi vida de castellana. Ya no era yo Aurora, sino Clarita, y el presente me poseía por completo. La vida en la granja se me representaba con risueños colores. ¡Es tan poderoso para la juventud el atractivo de la novedad, que hasta poetizaba mi repentina miseria, embelleciendo mi destierro! Había motivado mi decisión mucho más que el temor al peligro.

Simón me esperaba y dióme la bienvenida graciosamente; se había despojado de su ropa diaria para ponerse la de los días de fiesta, y llevaba zuecos nuevos. Me introdujo en una vasta habitación, con buena luz y muy aseada, con techo de vigas y una chimenea colosal. Al primer golpe de vista observé con mucha satisfacción que allí no había arañas, pues la perspectiva de tener por compañía á esos horribles insectos había sido lo único que me preocupaba desde que adopté mi resolución.

El aposento de Pamela se comunicaba con el mío, y la solterona se había instalado ya y corría de un lado á otro como un ratón. Mientras arreglaba sus cosas trabé conocimiento con el pequeño Claudio, muchacho de trece años que me confesó que no había comulgado aún y á quien prometí algunas lecciones de catecismo. Después me presentaron á Cadiche, robusta moza cuya buena voluntad igualaba á su torpeza y á quien fundí desde luego una veneración que rayaba en terror.

Después de un día tan bien ocupado tenía mucho apetito, é hice honor á la sopa de coles, así como al pan caliente y á las castañas asadas. De pie junto á mí, Simón me servía como el mejor gentil hombre de casa y boca; Cadiche iba diez veces cada minuto á lavar los platos á la fuente y el pequeño Claudio había desaparecido. Hacia el fin de la comida vi sobre la mesa una botella de vino rancio que Simón había destapado á mi espalda.

— ¡Pícarón!, exclamé levantando un dedo con ademán de reprensión, si nos tratas así pronto me arruinarás. No me hagas recurrir demasiado pronto á mi segunda sortija.

— Hacer eso una vez no es sentar la costumbre, y hoy es fiesta, contestó Simón, escanciándome el vino.

Yo no pude hacer menos que apurar mi vaso á su salud, y el joven me dió las gracias con esa sonrisa un poco triste que á veces tenía desde la muerte de su madre. Después, como ya era tarde, me levanté de la mesa para dejarle cenar á su vez.

Al acostarme no reconocí las gruesas sábanas que había visto en mi lecho dos horas antes, y pregunté á mi aya la causa de esta sustitución.

— ¿Cree usted, me contestó, que yo consentiría en exponer su delicada piel al rudo contacto del lienzo de cáñamo? He recordado que la ropa de la última lejía se hallaba aún en el pabellón chino, y envié á Claudio á buscar sus sábanas.

Al oír estas palabras me incomodé mucho.

— ¡Eso es, exclamé, todas mis comodidades, como en país conquistado! Esto no vale nada, Pamela; la dispenso porque es la primera vez y le falta la costumbre; mas creo que será la última. Yo no soy aquí más que una alojada, y es preciso no olvidarlo. La buena educación, de la cual me preciaría ante todo en casa de un príncipe de la sangre que me recibiera sin imponerme ninguna traba, debo tenerla aquí más aún respecto á un hombre cuyo único guía es su buen corazón y cuyo único estímulo es mi bondad. Si á usted le falta alguna cosa, yo se la proporcionaré; pero en cuanto á mí, de aquí en lo sucesivo déjeme á mí sola cuidarme de mi propio bienestar.

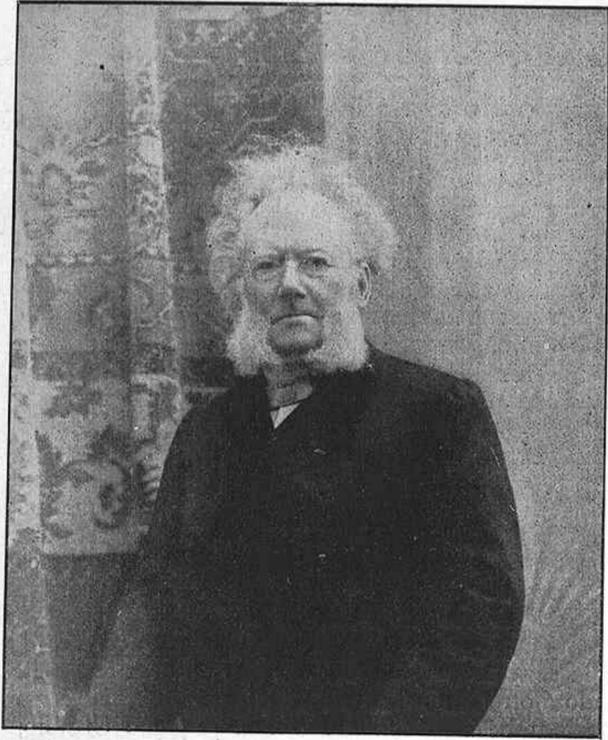
La canonesa lloriqueó, pareciéndole yo muy severa; pero tuvo mis palabras por órdenes, y no olvidó más las reglas del buen trato.

Dormí profundamente y no desperté hasta muy entrado el día. Debajo de mi ventana, Simón preparaba el carrito para ir á Blois, donde le era preciso permanecer hasta la noche; hícele una señal amistosa y vile alejarse rápidamente por el camino cubierto de escarcha.

(Continuará)

EL TEATRO MODERNO

Es innegable que en la literatura dramática se está verificando desde hace algún tiempo una trascendental revolución, cuyos principios, formulados y desarrollados en las regiones septentrionales de Europa, han ido invadiendo poco a poco los países más apegados a sus tradiciones teatrales. Los antiguos



EL DRAMATURGO NORUEGO ENRIQUE IBSEN

moldes van cediendo paulatinamente su puesto a los moldes nuevos, y aun aquellos teatros que más vida propia tuvieron y más admirables joyas crearon siéntense influidos por esos aires que del Norte llegan, y después de conceder carta de naturaleza a los autores extranjeros, aceptando traducidas sus obras, comienzan a su vez a producirlas originales.

Entre los escritores que han iniciado ó impulsado este movimiento, ocupan lugar principal los cuatro cuyos retratos publicamos en esta página y acerca de los cuales vamos a dar algunos detalles que creemos interesarán a nuestros lectores.

En primera línea se nos aparece Ibsen: admirado con idolatría por unos, censurado y satirizado por



EL DRAMATURGO SUECO STRINBERG

otros, el gran dramaturgo noruego es un espíritu fecundo y elevado, embrollado y confuso, pero potente, que al manifestarse ha producido en el mundo literario un efecto de curiosidad y de interés. Enrique Ibsen cuenta sesenta y cinco años: elegante y meticuloso, coquetón hasta el punto de llevar en el fondo del sombrero un espejito para mirarse en él y ahuecarse desordenadamente su blanca cabellera de profeta, su figura escandinava tiene algo de la rudeza

de un viejo lobo de mar. Hombre independiente, dado a la meditación y amante del aislamiento, sus tráese a la acción y a los contactos de la vida, y tiene por principio que el hombre más fuerte es el que vive solo. Mancebo de farmacia en sus mocedades, hízose después de la revolución de 1848 polemista, poeta satírico, periodista y director de teatro, hasta que tras una existencia de luchas políticas y literarias y después de haber compuesto una porción de dramas históricos ajustados a los cánones tradicionales, inauguró la serie de obras originalísimas que le han dado tanta gloria. Disgustado con sus compañeros, vivió en Roma primero y luego en Alemania, en donde el duque de Sajonia Meiningen hizo representar en su teatro particular sus dramas, que no eran acep-



EL DRAMATURGO ALEMÁN GERARDO HAUPTMANN

tados todavía en su propia patria, a la que no regresó hasta hace muy pocos años.

Tarea en extremo difícil es la de describir en pocas palabras la fisonomía intelectual de Ibsen, fisonomía compleja, constituida por elementos noruegos y filosóficos que adolecen de cierta vaguedad. Su teatro en nada se parece al que estamos acostumbrados a ver; es esencialmente intelectual y humano, altamente inspirado, poético y familiar en sus detalles. La evolución ordinaria de la intriga está en él reemplazada por la marcha ascendente de una idea, siendo cada una de sus obras un drama de conciencia: una casualidad hace brotar en el espíritu del protagonista la sospecha de una verdad nueva de la que hasta entonces no tenía noción alguna; poco a poco esta verdad toma cuerpo, se impone, penetra como un rayo de luz en el alma de aquél, haciéndole ver al mundo bajo un nuevo aspecto, que a modo de revelación surge, y entonces prodúcese el choque trágico entre el ideal nuevo y el mundo viejo, y ofreciéndose éste como una mentira, una ilusión, encuéntrase el héroe en él como sér de otra especie, aislado, perdido en una tierra hostil y extraña, viéndose obligado a comenzar nuevamente la vida, como la Nora de *Casa de muñecas*, ó a matarse, como la Eduvigis de *El pato silvestre*.

Este lado idealista del teatro de Ibsen, esta investigación implacable de las verdades y bellezas absolutas del alma, coexiste, por un contraste obligado, con un lado realista de observación y de estudio de costumbres: por esto en Ibsen, al propio tiempo que un ideal lleno de angustias, de vertiginosos conflictos, encontramos un mundo familiar, personajes de la vida real, caracteres de segundo término a quienes el ideal del poeta asusta porque les perturba en su rutinaria existencia: pobres hormigas que se arrastran por la tierra, siéntense deslumbradas por aquel foco de luz que de las altas regiones desciende.

Si Ibsen es el más conocido de los dramaturgos escandinavos, Bjornstern-Bjornson es sin disputa el más grande: «Nombrar a Bjornson — ha dicho Brandes, el historiador de aquella literatura — vale tanto como desplegar la bandera de Noruega.» Ha creado obras maestras en todos los géneros: sus narraciones de aldea son pinturas exquisitas de costumbres y de lugares; sus poemas, cuadros imponentes con gran-

diosas figuras, y sus dramas modernos reflejan la verdad, la vida, con tanta sencillez como meticulosidad. A diferencia de Ibsen, Bjornson es una inteligencia equilibrada, serena, que juzga con calma y con seguridad obra. Su drama *Una quiebra*, escrito hace veinte años, reproduce escenas que son de todos los días y de todos los tiempos: en él vemos a la familia del comerciante Tjalde vivir una existencia de agitación y lujo, para luego sumirse de repente en la ruina; Tjalde, con la audacia y con la mentira procura ocultar una situación que se ha hecho ya desastrosa, mas no logra su objeto y se ve obligado a declararse en quiebra. El día de la desgracia las hijas echan en cara al padre las humillaciones a que se verán expuestas, la madre implora de ellas un poco de conmiseración para el desdichado, y el culpable asiste a esta escena lívido, tembloroso, sin poder pronunciar una palabra. Luego viene la rehabilitación del anciano comerciante, que trabajando sobre bases sólidas reconquista una modesta posición y una felicidad completa. Otras veces se nos presenta Bjornson poseído de un misticismo hasta cierto punto basto, como en *Por encima de las fuerzas humanas*, cuyas



EL DRAMATURGO NORUEGO BJORNSTER-BJORNSON

tendencias son hacernos creer en la realidad de los milagros, algunos de los cuales se verifican en la escena ni más ni menos que en las comedias de magia. Pero de todos modos, su teatro moderno es una pintura fiel de la realidad, que se impone por sus indiscutibles bellezas.

Gerardo Hauptmann es uno de los más potentes dramaturgos modernos: influido sin duda por Ibsen, sigue sus huellas, pero con personalidad propia, y si sus *Almas solitarias* tiene algunas reminiscencias de *Rormersholm*, justo es decir que el joven autor alemán ha ido más allá que el anciano escritor noruego, y al problema que éste deja sin resolver hale dado aquél una solución a su modo, buscando en sí mismo y en la vida el ambiente, los caracteres y los personajes de su drama. La potencia de éste arranca, no de la sucesión de los hechos, sino de un contraste finísimo, apenas perceptible, de sentimientos: es obra de más poesía que verdad, pero de una poesía que no surge de una mente aislada ó de una fantasía sobrecitada, sino que nace de la realidad y de ella se aleja por gradaciones sucesivas. Este sentimiento poético lo encontramos en su más alto grado de expresión en la obra maestra de Hauptmann, *La ascensión de Hannele Mattern*. En cambio en *Los tejedores* se nos muestra el apóstol de la idea socialista, el adepto de la escuela que, preocupada de los conflictos sociales, los lleva al teatro, los presenta en forma real y conmovedora, para que hablen tanto a la inteligencia cuanto al corazón, y señala a las clases pudientes el peligro que las amenaza, para que prevenidas de él se aperciban a remediar los males que la desigualdad ha engendrado, antes de que la violencia consiga lo que el buen acuerdo puede todavía lograr.

Strinberg es sueco; en su agitada existencia ha sido sucesivamente maestro de escuela, actor, telegrafista,

pintor, predicador, bibliotecario, etc.; ha escrito novelas satíricas y filosóficas y quiere escribir tratados científicos. Su vida ofrece algo de contradictorio, de disonante, que se revela en su mismo carácter: después de haber sido romántico, naturalista, socialista y utilitario parece haber llegado, merced a la influencia del alemán Nietzsche, a una especie de aristocracia intelectual, a un desprecio de la humanidad mediocre, de la muchedumbre opresora, presentándose sobre todo y a pesar de todo como un espíritu tenazmente positivo y empedernido contradictor, lleno de rebeldías y de cólera, y principalmente en sus dramas, que ha titulado tragedias, como enemigo encarnizado de la mujer, caso psicológico curioso que explican en parte los disgustos de su vida personal, expuestos en su libro *Alegato de un loco*.

Strinberg nada tiene de místico: espíritu positivo, naturalista por su observación y por sus procedimientos, reproduce la vida real ahondando los caracteres con una especie de ferocidad. Es, además, un hombre científico: versado en muchas ciencias, uno de sus méritos y originalidades es hacer de ellas literatura. Este espíritu positivo y científico le ha inducido a tratar en el teatro a sus personajes como piezas de laboratorio, y el amor de la sensación intensa le ha llevado a crear y a estudiar preferentemente a seres desequilibrados, de mentalidad aguda y mórbida que se trastorna hasta llegar a la enfermedad y a la locura. Sus dramas no tienen la elevada serenidad de los de Ibsen; en la mayoría de ellos, sus héroes son enfermos: su *Señorita Julia* es una joven noble que en un

momento de extravío se entrega locamente a un criado de su padre y que luego se mata sugestionada por aquel hombre que la ha deshonrado; en *Los acreedores*, el enfermo es el amante inquieto é irresoluto que se deja envolver y domar por el implacable marido, el cual se cobra en forma de venganza la trágica deuda de su amor burlado; en *El padre* finalmente, nos presenta a un hombre a quien poco a poco perturbaban las malas artes de su mujer, que pretende hacerle pasar por loco, y que al recibir el golpe de gracia, cuando su esposa le hace dudar de la legitimidad de su propia hija, acaba por volverse realmente loco de remate.

Esta psicología mórbida, que es el elemento que prevalece en las obras de Strinberg, constituye el interés principal de su teatro, porque es viva, profundamente estudiada, dolorosa y penetrante; pero es al mismo tiempo su parte débil, porque los locos y los enfermos no proyectan a su alrededor ese interés general que en el teatro es necesario y que hace que simpaticemos con la humanidad de los personajes, cosa que, en sentir de Strinberg, es una inferioridad.

El teatro del escritor sueco ofrece otro aspecto más accesible al público, el de la maldad y la bellaquería instintivas de la mujer; idea fija, dominante de Strinberg, que es en él una especie de manía rabiosa: sus mujeres son todas egoístas, embusteras, avaras, envidiosas de la dominación del hombre y enemigas de éste. El dramaturgo, sin embargo, reconoce que sus ataques van sólo dirigidos contra una raza de mujeres, contra las que él llama semi-mujeres ó mujeres hombrunas, que las costumbres suecas engendraron

hace algunos años y que están ya en vías de completa desaparición. Esto explica el tono de libelo en que se manifiesta su misoginia. Strinberg, en efecto, tiene toda la acritud de un satírico, y bien se demuestra esto en el prefacio de la *Señorita Julia*, declaración agresiva de principios con acentos de belicoso manifiesto.

Tales son los principales apóstoles del teatro moderno, y lo que acerca de ellos hemos dicho, tomándolo en parte de un notable trabajo publicado en la revista francesa *Le Monde Moderne*, demuestra la fe, el talento y la convicción con que han emprendido la nueva senda en la literatura dramática. Sus nombres y los de otros compañeros suyos, muy ventajosamente conocidos desde hace tiempo en sus respectivas patrias, empiezan a ser populares en los demás países de Europa y América, en cuyos teatros representanse sus mejores producciones, que han promovido apasionadas críticas. Esta revolución literaria, como todo lo que viene a destruir algo consagrado por la tradición y por la costumbre, tiene ardientes partidarios é implacables detractores: no entra en nuestro propósito intervenir en el pleito que unos y otros sostienen; pero séanos permitido recordar que los partidarios de Comella pudieron por algún tiempo ahogar el genio de Moratín, y que los mismos que tanto se burlaron del gran Wagner, hoy escuchan su música con deleite y con marcada preferencia sobre las que en días no lejanos constituían para ellos el *non plus ultra* del arte lírico. - X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE UN BARRAL
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMIGAZION-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^R DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^R FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloración** y la **Energía vital**.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRE, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
 el nombre y la firma **EXIJASE AROUD**

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CÁNDESE y G^o B^o St-Denis, 48

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los organos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la Emotisis tuberculosa. - DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO
HISPANO-AMERICANO
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente a las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas
 MONTANER Y SIMON, EDITORES

PECAS (Taches de Rousseur)
 Salvado, pecas, máscara, bochorno, granos y puntos negros son destruidos en algunos dias sin alterar la piel ni la salud por la maravillosa é incomparable **LECHE** del D^R DE SEGRÉ. Acción segura, perfume suave, última palabra del progreso. El frasco 5 francos París; 6 fr. franco estación, contra mandato. **CASA ST-JUST**, 304, rue Saint-Honoré, y en buenas perfumerías.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



Función de tarde, cuadro de Félix Mestres (Salón París)

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

JARABÉ ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABÉ DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los **RESFRÍADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura **CATARRO**,
BRONQUITIS,
OPRESIÓN

ASMA

y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, P^o 102, R. Richelieu, PARIS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS de DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la Sa^d de Fia de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD

Solucion **BLANCARD**
y
Comprimidos
de Exalgina

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITIS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

JAEQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEVRÁLGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **intestinos**.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN